



FLACSO
ARGENTINA

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
-SEDE ACADEMICA ARGENTINA-**

**MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES CON ORIENTACIÓN EN
EDUCACIÓN**

TITULO DE LA TESIS:

Ser en conjunto: Discutiendo la noción de comunidad

AUTOR:

Lorena Yazmín García Mendoza

DIRECTOR:

Dr. Carlos Skliar

Diciembre, 2009

RESUMEN

La experiencia de investigación, desde la cual se organiza el presente relato de investigación, está constituida alrededor de la experiencia, la cual se entiende como algo provisorio, frágil, vulnerable, finito, singular, irrepetible, incierto, externo, sorpresivo. En esta narración también aparecerá la idea de “comunidad”, de “estar- juntos”, de “ser- junto” como aquello que se opone a la propio, que es distancia dónde nos exponemos, intervalo donde se pone en evidencia lo que debemos, lo que resta.

Será a partir de este lugar de referencia y con estas nociones que se recorrerá un camino donde se busca -a través de una experiencia de conversación sostenida con un grupo de adolescencias que se reúnen en un centro comercial de Puebla, México- delinear las claves que permitan un acercamiento a la idea de “estar juntos” de “convivencia”, de “ser con otros”. Las preguntas a partir de las cuales se propondrá el acercamiento son: ¿qué significa para un grupo de adolescentes estar juntos en un centro comercial? ¿Cómo desde sus narrativas viven y experimentan ese ser parte, ese convivir? ¿Hay una teoría de la comunidad, del estar juntos en su estar-juntos?

En el recorrido de este relato se abordará y revisará cómo la noción de experiencia se une a la de “estar juntos” y nos acerca-aleja al grupo de adolescencias reunidas en el centro comercial. Posteriormente y ya con una imagen más trazada se ofrecerá el pedacito del rompecabezas que estará centrado en la experiencia de intercambio sostenida con el grupo de adolescentes del centro comercial. Por último y para completar la figura final de este texto vendrá la parte relativa a la traducción, es decir, la que corresponde a la discusión entre los planteamientos conceptuales de “experiencia” y “comunidad” y el texto surgido de los relatos y conversaciones sostenidas con los adolescentes.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
El territorio del que parte la mirada	3
El lugar de la experiencia	5
CAPITULO I	8
Una confesión.	8
De aperturas, exposiciones, proximidades, disociaciones, inconfesiones	9
CAPITULO II	24
Motivos para re-pensar la experiencia	24
De aventura, acontecimiento, incertidumbre, singularidad, vacilación	26
CAPITULO III	40
Preámbulo seguido de una deuda	40
Cuestiones que cuestionan la cuestión	42
De extranjería	47
Andante del centro	49
Universos singulares	50
El aparador: De cómo hay “exposición”, “exhibición” y “apertura” en el “ser junto con”	52
Buffet de signos: Sobre proximidad, pertenencia y separación	56
Disociación, disolución, alteración	59
Inconfesión	63
Enfrentamiento –Conflicto	67
Inversión	72
CAPITULO IV	75
Lo que es común	79
El ser colectivo	81
Fin comunitario	85
BIBLIOGRAFÍA	91

INTRODUCCIÓN

Solo son ideas, quizá más trabajadas,
Sola con el cuadro, sola ante el blanco,
No lo someto al análisis,
lo trato de dejar en mi interior para que florezca
No lo someto a mi juicio
Dejo que ellas vengan hasta aquí,
Esta es su historia.

El territorio del que parte la mirada

Extrañamiento, extrañarse, fue bajo ese efecto que surge la pregunta, que se produce en mi la necesidad de volver a mirar. Ante una mirada que naturaliza la existencia de las adolescencias, que conceptualiza sus conductas, que cuenta ya con instituciones y dispositivos para educarlos y sobre la que abundan argumentos para explicarlas y controlarlas, aparece la pregunta, esa que me toma por sorpresa, que me asombra y que dibuja en mi cuerpo y en mi pensamiento un primer esbozo de cierta picazón. Podría decir que esa picazón me recordaba que a pesar de tanta oportunidad, aún no se había entrado en relación y que hacía falta dejarse tocar por una realidad cotidiana, naturalizada para desnaturalizarla, observarla y vivirla con asombro, con actitud curiosa, con ánimo de ir más allá de las preguntas científicas y conmoverse al entrar en relación, fluir y no dejarse atrapar por las creencias, para entonces y quizá sólo entonces, saber qué es lo que siempre ha estado ahí pero que aún no ha sido probado, que se ha escapado, se ha diluido debido a la presencia de una mirada y una actitud prejuiciosa, debido al exceso de ideas preconcebidas, a la abundancia de expectativas, a la sobrada cantidad de respuestas.

Fue debido a que el trazo permaneció, a que la sensación se instaló y reaparecía cada vez que me encontraba frente a un grupo de adolescentes que frecuentan un centro comercial de la ciudad de Puebla que decidí dar cuenta de ella. Sentí la necesidad de emprender la aventura, de dejarme seducir, de dejar que las sensaciones de ternura se hicieran presentes, quería

arriesgarme, quería deleitar el sabor de ese acercamiento, de esa nueva relación, había un montón de palabras, de ideas, de exigencias que por un lado me obligaban a dejarlo, pero me resistí, sabía muy interiormente que en este encontrarnos habría disfrute y que ciertamente existiría lucha, lucha por no sucumbir a la ligereza, a la comodidad, a buscar el lugar conocido, el lugar común, la explicación tranquilizadora, así que me aventé al vacío y me fundí en un solo ritmo, el de mi corazón. Me encontré con un escenario muy provocador, que se me escapaba y me rebasaba, era veloz y violento y en aquellos momentos me sentí tan conmovida que entre en falta, falta de referentes, falta de palabras, falta de respuestas, estuve carente de preguntas, fui vulnerable, susceptible y tal vez fue en ese torbellino de confusiones que me sentí más viva.

Definitivamente se alteraron las confortables certezas en las que me había instalado para actuar, decir y pensar lo que era, hacía, decía y pensaba. Este proceso de relacionarse e investigar, y que está íntimamente ligado a la experiencia, fue un dejar que lo acontecido me pasara, me recorriera, para pensarlo y pensarme, mirarlo y mirarme, hablarle y hablarme, interpelarlo e interpelarme, escucharlo y escucharme, confrontarlo y confrontarme, conocerlo y conocerme. Fue un volver a mí para dejar que lo leído, lo escrito, lo conversado, lo escuchado, lo hecho, lo aprendido tomara su lugar, recuperara su poder y se pusiera en movimiento

Sin embargo, esta pregunta insistente no venía sola, se dejaba acompañar por la escena que la refería, la situación que la pretendía definir, la historia que se construía a su alrededor y otras tantas preguntas elaboradas a partir de ella. Estaba contaminada e influida por los intereses, obsesiones e inquietudes propias de quien pregunta; en ella se condensaban lo que supuestamente se sabe, se siente o se cree saber y sentir acerca de ella.

Es en este universo de trazos y esbozos, sensaciones, pensamientos y acciones, idas y venidas, que se localiza esta investigación, no obstante, quiero advertir como se dice en México “que pinto mi raya”, que lo que ustedes van a leer, no tiene la pretensión de ser una generalización, pues lo

intenté hablar y escribir desde mi experiencia, de eso que me pasó con los chavos de Angelópolis¹ en un periodo específico de tiempo y de mi vida, o como lo diría Mélich (2002) “es una experiencia de la contingencia”, que escribí sabiendo que había un montón de cosas que eran imposibles de escribir, no porque fueran un secreto o porque fueran políticamente incorrectas, sino porque las palabras desaparecían, no se dejaban atrapar, escapaban a la rigidez de sus formas y no dejaban decirse con toda la complejidad que contenían. Pero, así como sabía que había cosas imposibles de decir también emprendí esta escritura intuyendo que había muchas otras ideas que en medio de un juego y una seducción quizá se manifestarían y quizá solo aparecerían con el fin de compartir algo de su potencia, de su posibilidad. Ustedes encontraran a continuación un texto incompleto, un texto que se ofrece como un pretexto para abrir el diálogo y el pensamiento.

El lugar de la experiencia

Cuando elijo hablar de lugar de la experiencia en vez de “objeto” o tema de estudio, lo que pretendo es dar cuenta, recuperando el sentido benjaminiano de experiencia, de la particularidad de una existencia, de un acontecimiento que se produce exterior a mi y que se mantiene irreductible a mis palabras, a mis ideas, a mis sentimientos, a mi saber, a mi poder, a mi voluntad, y que sin embargo siguiendo a Larrosa (1996) tiene lugar en mi, produce efectos en mi, en mis ideas, en mis sentimientos, en mis palabras, en mi existencia. Este lugar de la experiencia supone también un trayecto, un recorrido, una aventura, que fue incierta, desconocida, apasionante y que dejó huellas, que me marcó, que me trans-formó.

¹ El centro comercial Angelópolis está ubicado en la ciudad de Puebla y es considerado uno de los cuatro power centers de la República Mexicana, porque cuenta con tres de las más grandes tiendas departamentales (Liverpool, Palacio de Hierro y Sears) Inició su funcionamiento en 1998 y tiene en total 250 locales, un Sanborn's, 14 salas de cine y una zona de comida rápida, distribuidos en dos pisos sobre una superficie de aproximadamente 110 000 m²

La experiencia de investigación, desde la cual se organiza el presente relato de investigación, está constituida alrededor de la experiencia, ya tendré oportunidad de ser más precisa y profundizar en este punto, pero por ahora me limitaré a decir que para mí eso tiene que ver con lo que me pasa, me recorre, me conmueve, me altera, le pasa a mi cuerpo, altera mi cuerpo, sacude mi cuerpo, le pasa a mi pensamiento, conmueve mi pensamiento, derriba mi pensamiento, le pasa a mi emoción, inquieta mi emoción, transforma mi emoción; es provisorio, frágil, vulnerable, finito, singular, irrepetible, incierto, externo, sorpresivo.

En esta narración también aparecerá la idea de “comunidad”, de “estar-juntos”, de “ser- junto” como aquello que se opone a la propio, que es distancia dónde nos exponemos, intervalo donde se pone en evidencia lo que debemos, lo que resta. Será a partir de este lugar de referencia y con estas nociones que me aventuraré, que me expondré y que me arriesgaré a presentar este relato aún cuando soy consciente de las limitaciones con las que me encuentro para hacer esta tarea.

Puedo compartirles que no estoy segura de cuál fue “el” pensamiento que motivó este texto, no sé si se trataba de la inquietud por dar cuenta de mi experiencia, de ponerla en circulación para que no muriera y se extinguiera, o tal vez era mi compromiso y lo que siente mi corazón por las adolescencias lo que motivó esta escritura y este esfuerzo por narrar, por contar lo que aprendí con ellas, entre ellas. Quizá ni importe, lo cierto es que esta aventura fue vivida como el armado de un rompecabezas, donde la escritura de cada capítulo significó lidiar con la fragmentación, la totalidad, la singularidad de cada idea, la ilusión de haber encontrado su lugar perfecto y caer en la cuenta de que aún cuando se buscaba ávidamente su ubicación la pieza insistía en ser ella quien encontrara su sitio. Este armado estuvo lleno de complejidad y dificultad tanto para pensarlo como para organizarlo y lograr una estructura de texto. Cada capítulo suponía una pieza de ese rompecabezas, la unión de las distintas partes nos descifraba la escena y revelaba la figura contenida lo que daba origen a emociones positivas, sensación efímera y fugaz, pues de inmediato el ambiente se inundaba de

alteraciones e incomodidad, pues aún cuando en apariencia y a la distancia el acomodo de la pieza era correcto su contorno nos revelaba que su lugar podía ser uno y varios.

En este recorrido narrativo encontrarán en primer lugar la pieza correspondiente a la comunidad, la cual refiere a la idea de “estar juntos” de “convivencia”, de “ser con otros” y que he intentado pueda rondar la pregunta ¿qué significa para el grupo de adolescentes ese estar juntos en la plaza? ¿Cómo desde sus narrativas viven y experimentan ese ser parte, ese convivir? ¿Hay una teoría de la comunidad, del estar juntos en su estar-juntos? La segunda pieza pertenece a la noción de experiencia -concepción que para muchos filósofos y estudiosos ha estado menospreciada – y desde la cual me posiciono para exponer lo que he aprendido y pensado. En ese apartado abordaré cómo esta noción se une a la de “estar juntos” y nos acerca-aleja a las adolescencias de Angelópolis. Posteriormente y ya con una imagen más trazada ofreceré el pedacito del rompecabezas que estará centrado en la experiencia de intercambio que sostuve con el grupo de adolescentes del centro comercial. Por último y para completar la figura final de este texto vendrá la parte relativa a la traducción, es decir, que contendrá una discusión entre los planteamientos conceptuales de “experiencia” y “comunidad” y el texto surgido de los relatos y conversaciones sostenidas con los adolescentes.

Por último y antes de pasar de lleno a la cuestión, me gustaría hacer algunas pequeñas precisiones con la intención de contextualizar este texto, pues como bien lo expresa Mélich “no hay texto sin contexto” (Mélich, 2002:73). Este relato o narración se ubica en un espacio y en un lugar específicos, que para este caso serían el centro comercial Angelópolis de la Ciudad de Puebla, México, en un periodo de tres meses, que van de diciembre de 2006 a marzo de 2007.

CAPITULO I

Una confesión.

Debo decir que entrar en relación con la cuestión de la comunidad, del estar-juntos, de la convivencia me tomó por sorpresa, ese tipo de sorpresa ante la cual uno percibe los movimientos, las tensiones y al mismo tiempo tiene la sensación de que en esos movimientos hay algo inalcanzable, que no se puede explicar. Aunque mi interés por pensar la comunidad no es de ahora, (pensarme con otros, entre otros, sin otros, ha sido un asunto de vital importancia para mí) no me imaginé que establecería un vínculo tan intenso como el que ahora percibo, que me produce una cierta sensación de alerta, de asombro y suspenso cada vez que la escucho nombrar, cada vez que alguien la pone a circular, cada vez que me pienso con otros y entre otros.

He querido comenzar con una confesión porque estoy consciente del riesgo que corro al traer una reflexión tan compleja, abordada, abundante e interminable, sé que puedo quedarme en medio del camino y no veo otro remedio que exponer-me, en mis limitaciones y en mi incipiente o no tan incipiente búsqueda por acercarme a estas inquietudes, las cuales se han constituido en los motivos para encontrar un mejor entendimiento en mi relación con esas adolescencias que se reúnen en Angelópolis. Quizá esta escritura sea un intento por dar un lugar otro a la relación establecida con esos adolescentes para no convertirla en una mera reunión de textos y citas bibliográficas o en una agrupación de testimonios que se interpretan para ser organizados en categorías que establece el investigador.

Abundando en mi confesión, me permito exponer que, sabiendo el compromiso que implica aproximarse e imbuirse en la cuestión de la comunidad, declaro no tener ninguna intención de ser exhaustiva y asumo no tener más certeza que aquella venida de mi interés por aventurarme en la reflexión de pensamientos e ideas que ya han sido compartidos y con los cuáles me he sentido acogida, sacudida, interpelada y acompañada. Ignoro a

que lugar llegaré con este abordaje y lo que con él se abrirá, moverá, despejará, arriesgará y, sin embargo tengo en mi interior la esperanza de que se exhibirá algo de mí, de mi inquietud, de lo que soy, de lo que me ocupa en este tiempo de mi vida.

Me atrevo a incursionar, aún cuando percibo la fuerza que impone la incertidumbre, porque estoy convencida de que, de una u otra forma, comparto con ustedes la experiencia de haberse preguntado en más de alguna ocasión por ese estar-juntos, ser-juntos, sin contar con más recursos que los de la propia experiencia. Esa convicción me permite confiar en la posibilidad de contribuir, de alguna manera, a un intercambio beneficioso de puntos de vista, y al mismo tiempo, me exige hacer explícitas las limitaciones más evidentes que puedan observarse en mis trazos y aproximaciones.

Así pues, sin pretensión de originalidad y reconociéndome en deuda con múltiples influencias, entraré en relación con la cuestión.

De aperturas, exposiciones, proximidades, disociaciones, inconfesiones.

Resonancias, ecos, sombras de escrituras, palabras, ideas, conversaciones que me invitan a re-pensar la comunidad, a reflexionar a partir de narrativas cómo se construye discursivamente una comunidad de adolescentes, cómo es narrada desde su interior por sus propios integrantes. Pero en este preguntarse ¿qué hay, qué anima, qué mueve, qué sugiere? Las preguntas se hacen presentes y el pensamiento me encuentra en un territorio desconocido, complejo, por momentos abrumador y confuso, recurro a las ideas existentes, me refugio por un instante en ese laberinto de recuerdos que tranquilizan, pero los caminos andados ya no consuelan, domina la sensación de estar extraviada, invade la desesperación por encontrar razones, se hace necesario volver a salir para insistir y mantener con vida la pregunta.

La pregunta permanece, ahora la acompaña una sensación de perturbación, extraña sensación venida de la mezcla de sabores conocidos con sabores nuevos, diferentes, indescriptibles, reclamo que busca ser escuchado. Perturbación al reconocer el sabor de palabras que gustan porque transportan a lugares agradables, tal vez conocidos, tal vez explorados, pero que al mezclarse con sabores nuevos puestos a la misma palabra chocan al gusto y chocan porque no se les logra ubicar, porque no entran en lo acomodado, porque la mezcla no permite distinguirlos y porque el sabor conocido ya ha cambiado. Empiezo con la lucha, detecto una terrible tendencia a clasificar, a acomodar y meter en categorías conocidas aquello que resulta desconocido, me resisto a caer en la tentación, no sé por cuánto tiempo lo conseguiré, pero al final decido que dejaré que estos pensamientos sean libres, ya veremos a donde me llevan.

La palabra comunidad dice Bauman (2003) produce una buena sensación por los significados que transmite, refiere a un lugar cálido, acogedor y confortable. Sin embargo, escribe Jean Luc-Nancy (2007) en el mundo que produce la globalización lo que separa y se enfrenta a si misma es la comunidad. ¿Y entonces de qué comunidad estamos hablando? Reconozco esa buena sensación de la que habla Bauman, en mi experiencia de vida he procurado espacios y tiempos “comunitarios” donde he sentido que se logra un entendimiento compartido entre los otros que también participan de ese grupo; sin embargo, también ubico en mi pensamiento imágenes dolorosas que me remiten a “comunidad enfrentada” ejemplos de violencias, guerras, desplazamientos, discriminaciones, todos ellos emprendidos en nombre de proteger la comunidad, de mantener lo propio ¿Será acaso que hablar de comunidad es al mismo tiempo hablar de esos encuentros que nos producen la sensación de seguridad, de pertenencia, pero que al mismo tiempo nos colocan en franco conflicto y enfrentamiento con los otros, que nos implican en una violencia?

Para muchos autores y por largos periodos la comunidad estuvo asociada con la idea de una relación de proximidad y pertenencia de unos y otros, en lugares comunes, con orígenes ideales y compartidos. La comunidad era esa

imagen que “agrupaba en tanto identidad colectiva al conjunto de ciudadanos que habitan dentro de sus fronteras territoriales, lo que presupuso la idea de una comunidad idéntica a sí misma, dueña de sí misma y fabricadora de su futuro” (Téllez, 2001) Idea que comunicaba, entre otras cosas, que existía un ideal y espíritu mayoritario, dominante, a partir del cual se construía la pertenencia al colectivo y se salvaguardaba de los peligros y asechanzas de lo externo, lo extraño, lo extranjero, lo distinto, lo otro. Construcción de comunidad que operaba – y sigue operando- sobre la base de un opuesto vivido y considerado como amenaza, como perturbación, como peligro. Existencia de un “nosotros” homogéneo, totalitario, único, cerrado, que sirvió –y que aún sirve- como sustento a fenómenos frente a los cuales no podemos dejar de interrogarnos, pues tras estandartes de religión, raza, género, edad, etnia, se han emprendido luchas intestinas, discriminaciones voraces, aniquilamientos despiadados.

Idea de un “nosotros homogéneo” que es interpelada cuando el saber de la experiencia, de la relación, del “entre” pone en cuestión los principios de esa noción de comunidad fundada en la unión, en la homogeneidad, postulada como un destino único construido en el acuerdo mutuo, que confiere identidad a los individuos porque hablan la misma lengua, tienen la misma nacionalidad, comparten la misma cultura, son del mismo sexo, practican la misma religión. Es esa experiencia la que viene a decir que el conflicto, la confrontación, el dolor, el desacuerdo, el desencuentro, el caos, la tensión, la perturbación, la conmoción, el misterio, la irrupción, la inestabilidad, el desequilibrio, la hostilidad, lo incierto, lo diferente, lo contingente, la confusión, son los cimientos del estar-juntos, del ser-juntos-en-el-mundo. “...la escena del conflicto -dice Sennet- se convierte en una comunidad en el sentido de que la gente aprende a escuchar y a reaccionar entre sí incluso percibiendo sus diferencias más profundamente” (Sennet, 2000:150).

¿Y entonces, es posible reemplazar la cuestionada idea totalitaria de comunidad? Cuestión que inevitablemente me sacude; me aventuro a dar una respuesta inicial: es posible, quizá; ¿pero a condición de qué? ¿Qué se necesita para hacerlo sin caer en otra idea no menos totalitaria y

unificadora? Intento penetrar en este pensamiento. Será acaso a condición de la apertura a lo inesperado, a la novedad, a la contingencia, a la experiencia de la existencia; a construir un tipo de relacionamiento que se libera de la idea de unión, homogeneización y orden. Según Esposito la comunidad viene a ser “el conjunto de personas a las que une no “una propiedad” sino justamente un deber o una deuda” (Esposito, 2003:29) entonces, esto significa que la idea de unión adquiere un nuevo matiz: unión que en lugar de sumar debe, como expone Esposito “conjunto de personas unidas no por un más, sino por un menos, una falta, un límite que se configura como gravamen” (Ídem, 2003:29) Tal vez sea posible sustituir esta idea totalitaria de comunidad, a condición quizá, de con-vivir en el “intervalo”, en el “entre”, entendido éste como el espacio, la distancia que posibilita la proximidad y entonces, tal vez, otro modo de convivencia, de relacionamiento que se vive y se sufre, con el que se experimenta, que se padece, tal como lo expresa Blanchot “escribir bajo la presión de la guerra no es escribir sobre la guerra, sino en su horizonte y como si ella fuera la compañía con quien uno comparte su cama (admitiendo que ella te deje un sitio, un margen de libertad)” (Blanchot, 2002:22)

El saber de la experiencia es el que ofrece, libera, suspende, borra, interrumpe y fractura cualquier indicio de lo único, lo mismo, lo legítimo, para posibilitar un modo otro de estar-juntos, de pensarnos, que no se prescribe ni se fabrica, que no recurre a la determinación de una norma, a la imposición de condiciones de ser; que no pide predisposición, que no requiere acuerdo total del otro. Relación otra de estar juntos que abre paso al acontecimiento, a las singularidades, al encuentro incierto. Experiencia del “entre”, que nos da a pensar que es posible borrar y liberarnos de esas fronteras de lo propio, lo común, para convertirlo quizá en posibilidad, proximidad, apertura, acontecimiento, sorpresa.

Experiencia de la existencia que permite conmovearse, entrar en contacto con el otro, con lo otro. Para Maffesoli (2004) la experiencia del prójimo funda comunidad, aún cuando está sea conflictiva ¿y por qué habría de ser conflictiva? ¿Dónde se origina el conflicto? ¿De quién es el conflicto? ¿En

quién se expresa? Me detengo a pensar, es preciso profundizar más, cada figura que ha sido colocada es una huella que me conduce a nuevas exploraciones. Descubro mi soledad, la única compañera en este viaje es la pregunta, en ella encuentro consuelo, es la que me alerta ante la presencia de la disyunción, la que moviliza, la que señala la distancia, la que me aparta de mí, la que permite pensar, la que revela vida, la que otorga esperanza.

Siguiendo a Esposito (2003) la comunidad sería aquello que se opone a lo propio, que convoca a varios o a muchos, que no es lo común, sino justamente lo no común, lo que debemos a otros, lo que requiere ser cumplido, que implica sustracción, cesión, y demanda de gratitud, que exige una nueva donación dado que los sujetos están en deuda por lo recibido, por haberse convertido en beneficiarios; la comunidad dice Esposito es un rendimiento, un ponerse a disposición a merced del otro. Entonces, el conflicto del que habla Maffesoli existe porque hay saturación del propio grupo, exacerbación de sus valores, impermeabilidad de la posición del otro y su forma de estar en el mundo. Porque es necesario ejercer todo el poder posible para ocupar el espacio disponible; porque resulta irresistible soportar que hay un límite, que se es incapaz de dominar, englobar y, que mis deseos no son suficientes para superar la incapacidad de re-tener.

La comunidad lejos de ser un lugar de protección y de unidad pasa a ser un lugar de exposición, donde se pone en evidencia lo no logrado, lo que resta, lo que se debe. La comunidad sucede según Coser “...hasta que no se reconozcan las diferencias latentes en su seno” (Sennet, 2000:150), ocurre en medio de eso que está pendiente de ser dado y que es de cualquiera. ¿Y qué es lo pendiente, lo que resta? ¿Será acaso el don del que habla Derrida? Don que no es intercambio, ni devolución, ni retorno de aquello que ofrecí, ni reciprocidad, es como dice Esposito “lo que se da porque se debe dar y no se puede no dar” (2003:28) Para que haya don dice Derrida (1995) es preciso que el otro no me devuelva, no me deba lo que le doy, no quede en deuda, implica un imposible debido a que el Don requiere de un no reconocimiento, es decir, significa la no conciencia de dar o recibir, la no planeación, el no deseo, pues en el momento que aparece el deseo de dar y

se toma conciencia de que estoy dando el don se anula. Pero ¿este dar, este don del que hablamos?, ¿qué es? Según la idea derridiana este don apunta al ámbito del acontecimiento, de aquello que sucede, que ocurre, que pasa en un tiempo y un espacio, que deviene tras haber estado expuesto a una intención, “no hay don sin la llegada de un acontecimiento, no hay acontecimiento sin la sorpresa de un don” (Derrida, 1995:119)

En esta vastedad y ante tanta complejidad, me descubro en la perplejidad, veo como algunas seguridades van alejándose, otras tantas permanecen impávidas, esas son contra las que lucho, es en ese escenario que el terreno se ha puesto gelatinoso, que mi fragilidad queda ofrecida íntegramente a la mirada de los otros. “Un ser humano era [...], tan vasto y tan rico que no había mayor vanidad en este mundo que mostrarse demasiado seguro de sí mismo frente a los demás, frente a lo desconocido y a las incertidumbres que representaba cada cual”. (Page, 2000:15)

Lazos, relaciones, encuentros, convivencia que deviene en conflicto debido a la oposición, al enfrentamiento que sucede cuando quien se convierte en deudor necesita la aceptación del otro; acontece cuando la espera se olvida; cuando la mirada obstruye; cuando el límite se impone; cuando el silencio se profana; cuando se enmudece la palabra. Ocurre cuando hay demasiada presencia de uno mismo; cuando se somete la sensibilidad a un orden determinado; cuando se sacrifica el misterio; cuando se invisibiliza la pasión, cuando se invade la intimidad; cuando hay hartazgo de certezas. Conflicto porque en ese ser-juntos cualquier intento de permanencia, estabilidad o conservación definitiva es imposible, pues como expone Esposito “en la comunidad, los sujetos no hallan un principio de identificación, ni tampoco un recinto aséptico en cuyo interior se establezca una comunicación transparente o cuando menos el contenido a comunicar. No encuentran sino ese vacío, esa distancia, ese extrañamiento que los hace ausentes de sí mismos “donantes a” en tanto a ellos mismos “donados por”...” (Esposito, 2003:32) Conflicto existente cuando la proximidad no deja espacio y lugar para la diferencia, condición necesaria para el intercambio, para entrar en relación. ¿Entonces se requiere de un vacío

como condición indispensable para ser-con? ¿Soportar el vacío? ¿Aceptar el vacío? Vacío que para Weil aparece cuando se condonan las deudas, cuando se produce un desgarró, cuando se acepta la muerte, cuando se corre el riesgo de exponerse a un momento sin esperanza (Weil, 2007:62)

Para Skliar "...la convivencia emerge más bien a partir de una distinción, de aquello que es distinguible y, más aún, surge de lo que es contrario, de lo que produce la contrariedad. Una relación de convivencia se sostiene en sí misma porque en todo caso hay, inicial y definitivamente, perturbación, intranquilidad, conflictividad, turbulencia, contrariedad, diferencia y, finalmente, alteridad de afectos." Hay convivencia -continúa diciendo- "porque hay un afecto que supone, al mismo tiempo, el estar/ser afectado y el afectar..." (Skliar, 2007:10) ¿Afectarse, afección? pero ¿qué es eso que nos afecta?, ¿acaso se ha afectado algo a partir de esta relación, de este intercambio sostenido con los chavos de Angelópolis?, y si es así ¿qué se afectó?

Siguiendo esta madeja de la afección, del afectarse, encuentro que para Nancy (2007) relacionarse con otros es siempre afección. En ocasiones, nuestros encuentros resultan espectaculares, otras veces no tan maravillosos, más bien son fallidos y otras tantas pueden producir desencuentros o generar efectos que no deseábamos o no esperábamos, pero ¿a qué se debe esto? A que cada vez que nos cruzamos, nos rozamos, nos tocamos, nos miramos, nos sentimos, interactuamos está ese intervalo, eso que nos pasa en el "entre", en medio y, en ese "entre", en esa distancia, en esa proximidad ponemos en juego una serie de expectativas sobre lo que resultará de ese intercambio; porque en ese relacionarse nuestras creencias se alteran y nuestra existencia se desnuda quedando al descubierto los temores, las inseguridades, las ignorancias, las incomodidades. Porque en ese "entre" se afectan y conmueven nuestros afectos, porque las miradas cargadas de imágenes pre-elaboradas y figuras estáticas se colisionan con aquellas que recién se están trazando; palabras ya dichas que se enfrentan con las que están por venir, por nacer; movimientos impuestos, retenidos, que se ahogan en cuerpos habidos de nuevos contactos, de nuevas uniones; ideas,

imágenes, sensaciones, que se interponen entre yo y el otro, entre nosotros y lo otro, impidiendo-nos, imposibilitando-nos, extraviando-nos.

Afección, afectación, conmoción, alteración que existe porque como dice Page somos vastos, complejos, somos varios habitando en un cuerpo, porque cuando eso externo se nos acerca y se coloca próximo nos hace conscientes de nuestro límite, nuestra finitud, nos la recuerda, nos la impone.

Afección que deviene en conflicto porque el otro en nuestro cuerpo, en nuestra idea, resulta demasiado extraño, “[...] demasiado semejante y próximo como para poderlo combatir explícitamente; y demasiado diferente y huidizo como para poderlo integrar. No es ni lo uno ni lo otro; no pertenece del todo ni a nosotros, ni a ellos: porque es justamente la entidad que rompe la lógica binaria, el enfrentamiento y el choque ‘a dos’ al que la Modernidad nos ha habituado...” (Skliar, 2007)

Alteración porque en la relación, en eso que pasa “entre nosotros”, no se sostiene lo pesado, lo rígido, lo homogéneo, lo certero, lo dogmático, lo autoritario, lo estructurado; porque la incertidumbre, lo desconocido, lo diferente es siempre de alguien, y por eso se le huye porque no se le puede enfrentar, no se le puede aceptar, no se puede poseer sino es con incomodidad, con rechazo, con sufrimiento como lo señala Skliar.

“Ese “entre” en el cual la disposición hospitalaria no se traduce en el indulgente reconocimiento del otro mientras este no afecte la identidad de lo propio sino, contrariamente, en el dejarse afectar allí cuando lo extraño, interior o exterior, pone en cuestión lo que decimos, pensamos, hacemos, sentimos, respecto de nosotros mismos, cuando dejamos de ser dueños de nosotros mismos. Cuando, en fin suspendemos todas aquellas certezas que nos mantienen tan seguros de nosotros mismos como atados, para abrirnos a las experiencias que inaugura esa comunidad discordante consigo misma, esa comunidad alterada, excéntrica, policéfala, polifónica” (Téllez, 2001)

Áspera, problemática relación que escapa a cualquier identificación y control. La sombra de la duda me sigue sigilosa, de puntitas y me murmulla ¿y que hay de eso que en palabras de Bauman le da un sabor agradable a la palabra comunidad? Quizá se deba a que hay algo de clandestino en ciertos acuerdos, en esa temporal comunión, en la ficticia y efímera armonía que resulta de la relación de proximidad, pero ¿eso también funda comunidad? ¿A dónde nos lleva esa aparente contradicción? Podría aventurarme y decir que radica en que “el otro” se torna necesario, por que es constitutivo, es el que afecta, el que permite nombrarme, el que me hace existir, el que difiere de mi mismo, el que me nombra. Jean Luc-Nancy (2003) acerca de esto dirá: “Es evidente que nosotros somos juntos [...] Es evidente que nosotros existimos indisociables de nuestra sociedad, si se entiende por ello no nuestras organizaciones ni nuestras instituciones, sino nuestra sociación, la cual es mucho más que una asociación y algo muy distinto de ella (un contrato, una convención, un agrupamiento, un colectivo o una colección) es una condición coexistente que nos es coesencial”.

Intentando desarrollar este argumento podría sugerir que la comunidad de los adolescentes de Angelopolis está constituida a partir de la diferencia que establecen en relación con los adultos que asisten también a la plaza; en relación con los adolescentes que no asisten a sus escuelas y que prefieren frecuentar otros lugares, otros centros comerciales; en relación con los vendedores y empleados de la plaza, y sin embargo, también necesitan de ellos para distinguirse, para existir como agrupación. Como miembros de ese grupo necesitan de los otros referentes con quienes comparten el espacio del centro comercial y en ese momento “el nosotros” queda instantáneamente aglutinado por un conjunto más o menos homogéneo con el que crean pertenencia. Sin embargo esto es una trampa, pues para Maffesoli ese “nosotros” en realidad sirve de argamasa y ayuda precisamente a soportar el conjunto; esta fusión puede ser desindividualizante y crear una unión que deviene en “relación vacía... relación táctil: en la masa, nos cruzamos, nos rozamos, nos tocamos, se establecen interacciones, se operan cristalizaciones y se forman grupos” (Maffesoli, 2004:146) De igual forma para Nancy “Estar en común, o estar

juntos, y aún más simplemente o de manera más directa, estar entre varios [...], es estar en el afecto: ser afectado y afectar. Es ser tocado y es tocar. El “contacto” –la contigüidad, la fricción, el encuentro y la colisión- es la modalidad fundamental del afecto”. (Nancy, 2007:51)

Contigüidad que se traduce en distancia y proximidad, movimiento perpetuo y confuso de ida y vuelta, movimiento donde la distancia se torna proximidad, pero “[...] este apartarse supone la proximidad en la que, en definitiva, la separación o la distinción tiene lugar. Hay una proximidad de la proximidad y de la separación [...]” (Ídem, 2003:14). Me detengo un momento en este planteo, ¿acaso es la proximidad la que en un triple movimiento refleja una dinámica donde los unos y otros entran en contacto para protegerse de la pérdida de sentido y soportar la tragedia de lo cotidiano, de la soledad? ¿Es esa separación la que detona la extrema división, exagera el rechazo, alimenta la ruptura y rebasa el límite que constituye al otro?

Lo que se observa es otro tipo de movimiento donde la proximidad en la figura de la distancia y la separación produce relación, genera contacto y afección. Y sobre eso señala Nancy “[...] es siempre una proximidad, no sólo de trato, sino de acción recíproca, de intercambio, de relación o al menos de exposición mutua.” (Ídem:15) En esta exposición mutua hay materialidad, cuerpos, afecto, emoción, tripas y sin embargo no sólo eso, también hay existencia. Para Maffesoli “[...] es lo sensible lo que sirve de sustrato al reconocimiento y a la experiencia del prójimo. Por tanto, se puede observar que es a partir de lo sensible como se elabora “la relación de las mentes” [...]” (Maffesoli, 2004:147) Sensibilidad que admite, que deviene proximidad, que contiene la diferencia, que hace que se exprese. Sensibilidad que huye de la disyunción, que rechaza la yuxtaposición, el ensamble, que se deja conmover.

La proximidad es eso que “[...] nos expone, que nos coloca uno frente a los otros, nos entrega los unos a los otros, nos arriesga los unos contra los otros y todos juntos nos entrega [...], a la experiencia. La cual no es otra sino la

de ser-con [...]” (Nancy, 2003:16) Ese “con otros” o “cum” del que habla Nancy, es el que nos hace entrar en deuda, el que inspira la pregunta por el otro, el que cuestiona la mirada que colocamos sobre él – la cual a la vez es la misma que ponemos sobre nosotros-. Es a partir de la proximidad con otros que siento el malestar, que tomo consciencia de lo no logrado; es en ese “entre” que el otro me importa, que me doy cuenta de mis limitaciones, de mis debilidades, de mis fantasmas, de mis miedos, de mis inseguridades. Es en esa proximidad que existo, que descubro el límite que me impone el otro cuando lo señala con su cuerpo, es ahí donde enfrento el límite de lo que no soy. Es ese límite el que me produce extrañamiento porque huye de mis explicaciones, de mis interpretaciones, de mis categorías, de mis palabras, de mi conocimiento.

La comunidad señala Esposito “no es un modo de ser – ni menos aún, de “hacer” – del sujeto individual. No es su proliferación o multiplicación. Pero sí su exposición a lo que interrumpe su clausura y lo vuelca hacia el exterior, un vértigo, una síncope, un espasmo en la continuidad del sujeto”. (Esposito, 2003:32)

Proximidad que muestra el límite de lo que no se es, que confronta las obsesiones, las creencias, los deseos, que hace salir de uno mismo, que sorprende, que conmueve, que produce resonancia, que sacude y demuestra la contingencia, la finitud de mis ideas, de mis acciones. Proximidad que desnormaliza, que vacía los saberes y los descompone; que me coloca en la frontera, que me desnuda, que advierte, que invierte, que permite entrar en relación, que posibilita la conversación; que va espaciando y postergando un encuentro definitivo, una conclusión, una generalización. Proximidad que nunca es yuxtaposición, que siempre es próxima pero nunca mía. Escribe Sennet “los vínculos fuertes entre la gente implican un compromiso con sus diferencias por encima del tiempo” (Sennet, 2000:151)

Y tan necesitados estamos de mantener intocable nuestra existencia que la misma distancia que nos expone y nos coloca ante lo incierto, lo sorprendente, lo inesperado es la que nos pone a la deriva, nos conduce hacia la

disolución, en palabras de Esposito “lo que se teme, en el *munus* “hospitalario” y a la vez “hostil” [...]es la pérdida violenta de los límites que, confirmando identidad, aseguran la subsistencia” por eso insiste, “hay que tener siempre presente esta doble cara de la *communitas*” (Esposito, 2003:33) Y entonces, ¿Que hacer con esos desencuentros, con esas discontinuidades, con esas distancias que ponemos entre nosotros, que nos van alejando más y más, generando brechas aparentemente insalvables? ¿Qué hacer cuando la presencia del otro ya no me dice nada? ¿Qué, cuando en su mirada, en su gesto ya no encuentro reflejo? ¿Que cuando su silencio, su reclamo ya no produce nada en mí? ¿Qué hacer cuando ya no se puede caminar por las calles y esquivar a la gente, sus miradas, sus reclamos? ¿Qué cuando ser indiferente ya no sirve, no tranquiliza? ¿Cómo salir de ese aletargamiento? ¿Podríamos estar-juntos cuando hemos clausurado esas miradas, hemos silenciado esos reclamos? ¿Qué cuando no se entra en relación, no se establece vínculo, no se cumple, no se abre el espacio para ser con otros? Tormenta de preguntas que no cesa ¿Y en estas “relaciones vacías” hay comunidad, se está-junto, se- es- en- el- mundo?

La convivencia con los demás -como escribe Skliar- “se juega, entonces, entre la soledad, el límite del otro y el contacto con el otro. Una convivencia que no puede sino dejarse afectar o dejar afectarse con el otro” y continua diciendo “y en esa afección que muchas veces pretende aniquilar aquello que nos corroe, nos perturba, no sería posible hacer otra cosa que dejar intacto al otro, no sería posible otro deseo sino aquel que expresa que el otro siga siendo otro. ¿Cómo sería posible ese deseo de dejar que el otro siga siendo otro? ¿Acaso la voluntad de la relación debe ser, siempre, voluntad de dominio y de saber acerca del otro? ¿Qué límites de afección plantea el otro cuerpo no ya en su presencia material, sino en su existencia? ¿Y qué efectos se producen en una tradición que se trasmite no ya para cambiar al otro, sino para que el otro cambie si ésa fuera su decisión, desde sí mismo, para sí mismo?” (Skliar, 2007)

Detengo un poco los trazos para no caer en la sola repetición de ideas, para no disecarlas. Esta proximidad no es una condición de los sujetos, no se

trata de una característica derivada de un individuo o colectivo en particular. Se trata de una condición de la existencia misma, por la cual no se puede pensar ningún sujeto sino a partir de ella y en ella. Permanezco en suspenso, ¿y si no es de nadie pero es de todos, cómo hacerme cargo, cómo vivir, cómo aguantar la incertidumbre del límite que impone su no exclusividad? Esta proximidad-distancia nos recuerda un vínculo que conlleva un deber, una responsabilidad, una tarea pendiente ¿con quién es ese deber? Escribe Nancy “Estamos a cargo de nuestro con [...], de nosotros. [...] significa que tenemos para hacernos cargo, para realizar una tarea – pero eso equivale a decir “para vivir” y “para ser”- el con - o el entre- en el que tenemos nuestra existencia, es decir a la vez nuestro lugar o nuestro medio y aquello a lo que y por lo que *existimos* en sentido fuerte, es decir, estamos *expuestos*” (Nancy, 2003:16).

Y de nuevo la exposición como aquello ante lo cual podemos ubicar la posibilidad, la potencia de ese otro modo de convivencia, que, según Téllez “ejercido como arte de hacernos y rehacernos como sujetos alterados - siempre otros- con los otros, reúna sin pretensión de unificar, articule las diferencias sin tachar los conflictos, haga sitio al otro sin la pretensión de asimilarlo y disolver su otredad. Y, con ello, de atender al ejercicio del tipo de experiencias instituyentes de otro modo de con-vivencia en el cual cobre cuerpo el encuentro entre quienes, siendo uno y otro a la vez, se constituyen como extranjeros incluso para sí mismos” (Téllez, 2001).

Tal vez valga escuchar las palabras citadas como indicios de una cierta invitación a esbozar trayectos otros de relacionamiento; a pensar en una variación que devenga en otras formas de vivir juntos, de ser-juntos; a sospechar de las supuestas unicidad y totalidad de la comunidad, “en cuyo nombre se procedió a borrar la pluralidad y la diferencia constitutivas de la vida social” (Téllez, 2001) Tal vez, sirvan para estar alerta y sospechar cuando se cumplen nuestras expectativas acerca de cómo transcurrirán nuestros intercambios sociales; Tal vez, podamos recurrir a ellas para dar otro nombre a nuestro convivir, pues dar un nombre no es, sencillamente, “dar un nombre” sino, como escribe Diker “Este modo de entender los

efectos de los actos de nombramiento y de producción de la diferencia nos lleva a derivar [...] que los procesos de diferenciación siempre son dobles: es decir, cuando elegimos un modo de calificar, adjetivar, en fin, un modo de nombrar [...] estamos también calificando a su complementario y constituyéndolo en norma. [...] la calificación, las palabras que designan el polo de la relación que se instituye como norma, que constituye lo no-diferente, es invisible. De allí que es la calificación de la diferencia lo que deviene etiqueta. Para reconocer, clasificar, para separar” (Diker, 2003:158) Entonces, quizá, conviene limpiar nuestro lenguaje de etiquetas que provocan igualdades, uniones, exclusiones, atribuciones, desvíos, normalidades, extrañezas.

Palabras que conmueven mi pensamiento. La tarea no es fácil, pensarla de esta forma implica efectivamente pagarlo con cierta soledad, asumir los límites de mi existencia, de mi pensamiento; es en cierta forma sacrificar la verdad de mis privilegios. Pensar el nexo comunidad-diferencia implica, como escribe Téllez “[...] liberarse del principio de identidad que funda lo Mismo y lo Otro, deconstruir la lógica de *la identidad-diferencia* que funciona en la autoidentificación y en la identificación del otro, cuya diferencia se sitúa en un orden no ajeno al regulado por dicho principio. Se trata, pues, del cuestionamiento radical de dicha lógica, del modo mismo en que se constituye la identidad de la comunidad, sin lo cual tal reivindicación no es sino el reverso de la comunidad idéntica a sí misma”. (Téllez, 2001)

Pensar ese “entre” quizá se trate de inventar-se en el hacer y estar-junto en cada una de las singularidades y expresiones concretas, en ese territorio complejo, híbrido donde se exponen al riesgo de la relación con el otro, al riesgo del existir, de ser y estar-junto con. Siguiendo a Nancy (2003) el estar-junto es un ser-con, en el cual ser-con se convierte en un ser-con-da. Este ser-da es un ser en el sentido o según el sentido, el cual se entiende no como un vector absoluto orientado a la significación, sino a la circulación de la proximidad, en ese movimiento doble que es alejamiento propio y alejamiento en su proximidad. Ser- con- da es un ser abierto, que escapa a cualquier calculo, previsión, identificación, clasificación o etiquetamiento;

que remite a aquello que no se deja aprender, que está siempre siendo diferido, aplazado, prorrogado, que entre otras está por venir como acontecimiento. Ser- da es ser posibilidad de sentido, en cada una de las múltiples y concretas expresiones del ser; potencia de sentido en la complejidad de aquello que no se puede aprehender.

¿Cómo abordar este ser-con-da sin reducirlo, sin simplificarlo? revuelvo mis pensamientos, busco las palabras para ofrecer una lectura y ubicar con ellas la fuerza, la potencia de esta idea, las posibilidades que abre, ser-con-da es al mismo tiempo espacio de salida, de apertura, de recibimiento, de acogida, lugar de donación, tiempo para albergar, para el acontecimiento, encuentro sin expectativas con lo otro, con lo otro que habita en mi, con lo otro externo y entonces se abre la pregunta ¿Cómo entrar en relación con los adolescentes de Angelopolis, cómo ser-con- da, cómo ser con-unidad si se trata de elementos que no se pueden definir?

“La muerte ha restituido al silencio su prestigio hechizante. Y yo no diré mi poema y yo he de decirlo. Aún si el poema (aquí, ahora) no tiene sentido, no tiene destino.” (Pizarnik, 1968)

CAPITULO II

“Hay días en los que cada cosa que veo parece cargada de significados: mensajes que me sería difícil comunicar a otros, definir, traducir a palabras, pero que por eso mismo se me presentan como decisivos. Son anuncios o presagios que se refieren a mí y al mundo a un tiempo: y de mí no a los acontecimientos externos de la existencia sino a lo que ocurre dentro, en el fondo; y del mundo no a algún hecho particular sino al modo de ser general de todo. Comprenderán pues mi dificultad para hablar de ello, salvo por alusiones”

ITALO CALVINO

Motivos para re-pensar la experiencia

Llamado de algo que ocurre dentro, de una invitación hecha desde el fondo, intempestiva, que será acogida en la ignorancia de lo que este admitir puede traer a nuestro ser; sabiendo como escribe Calvino, que este pensamiento se hallará con la “dificultad para hablar de él, salvo alusiones”. Anuncios, presagios que se refieren a mí y al mundo, a un tiempo; huellas y acontecimientos que se agolpan y avivan mientras escribo, que aparecen y crecen mientras me dejo guiar en un leve y silencioso andar.

Menciones que están referidas a la experiencia, mi experiencia de escritura, mi experiencia de lectura y, mi experiencia como investigadora, pero ¿podría ser de otra forma? Tal vez sí, quizá, podría aventurarme a escribir este texto que asume la figura de una tesis, desde un enfoque convencional, podría comenzar este apartado haciendo un breve recuento histórico del origen de la noción “experiencia”, podría desde esta postura más común y menos riesgosa escribir de aquello que ya se ha escrito sobre la experiencia, ordenando las ideas leídas para que la bibliografía existente fuera citada y

clasificada según la corriente o perspectiva desde la cual fue escrita. Podría mencionar eso que leí, parafraseando aquello que consideré más relevante, redactando e hilando lo que pensé, lo que encontré y escuché respecto a la experiencia, sin que nada de eso encontrara vestigio en mi, resonara y se impregnara en mi ser; podría escribir como si esos momentos de lectura, de reflexión, de introspección respondieran únicamente a un cumplimiento de requisitos institucionales para lograr una certificación. Como si aquellas lecturas y esas conversaciones sostenidas con los chavos de Angelópolis fueran únicamente un trabajo de campo imprescindible para seguir un patrón o modelo de trabajo final de titulación. Hacerlo de esa forma imponía el riesgo de que las sensaciones surgidas de la relación vivida, registradas en el cuerpo, no existieran y quedaran solo palabras huecas, frases armadas, discursos repetidos. Tiempos compartidos e intercambiados que podrían pasar inadvertidos en esta escritura; palabras sin pertenencia que perdidas vagarían huérfanas, sin conexión, flotando en este texto.

Sin embargo, la elección de escribir acompañada con el ¿qué me pasa? ¿Qué me importa? ¿Qué me afecta? ¿Qué me sorprende? ¿Qué me altera? ¿Qué me conmueve? ¿qué me dicen esos encuentros, esos textos, esas conversaciones? es muy seductora, he elegido transformarme en esta escritura y que en la compañía de estas preguntas, los incipientes esbozos que aquí ofrezco, se impregnen con el color y el olor de la vida, del movimiento, de la conmoción y, entonces en el ejercicio de soltar las palabras puedan ellas volar como mariposas y empaparse de esas sustancias que abren paso a aleteos libres, poderosos, que resuenan y se convierten en reflexión, en pasión, en sentido, pero también en otros pensamientos, otras visiones que desconozco, que no controlo, que no ordeno, que suceden fuera de mí; otras ideas, percepciones, palabras, imágenes que se revelan, que van apareciendo en mi camino, que constituyen ese caleidoscopio de perfumes, sensaciones, sabores que sorprenden a la existencia por su condición efímera, incierta, inmediata, inalcanzable al contacto, al roce; que retroceden en el tiempo y a través de las palabras abren los recuerdos para dejar ver todo lo que tienen para ofrecer.

¿Y por qué escribir con la experiencia, a partir de mi experiencia, desde la experiencia? ¿Por qué hacer una tesis de maestría que hable con ella, desde ella y tal vez sobre ella? ¿Por qué elegir una escritura que parece imposible? Quizá, porque en esa imposibilidad también se vislumbra un campo impregnado de poesía sonriente, un saludo a la libertad, una posibilidad de abrir el pensamiento, de poner en evidencia la incompletud de nuestra comunicación. Porque, a la vez que nos echa en cara lo inasequible de lo que percibimos y muestra sin anestesia nuestras limitaciones para traducir en palabras todo aquello que ilusamente imaginamos que nos pertenece y que creemos comprender, también nos concede una parada para ir al encuentro de la imaginación, de la co-creación.

¿Pero, y acaso es posible dar cuenta de esa experiencia que parece mía, pero que involucra inevitablemente a otros? otros que probablemente aparezcan en este escrito pero que no solicitaron ser investigados, explicados, descritos, narrados; otros que me trascienden, me sobrepasan, que jamás podré descifrar porque son inaccesibles e irreductibles a mi comprensión, a mi posesión, a mis palabras, a mi interpretación. ¿Cómo hablar o escribir de mi experiencia cuando esos otros que son irreductibles a mi pensamiento, a mis palabras, a mis interpretaciones forman parte de ella, la constituyen? ¿Acaso es posible escribir de mi experiencia cuando en ella, esos otros – los adolescentes de Angelópolis- no podrán en la inmediatez, exponer sus notas de pasión y dibujar sus pensamientos y sentimientos?

Los destellos de una imposibilidad posible comienzan a aparecer cuándo me pregunto ¿qué es esto de la experiencia, de qué estoy hablando, qué me provoca esa palabra, de qué está hecha, a qué me sabe, qué aroma me provoca?

De aventura, acontecimiento, incertidumbre, singularidad, vacilación.

Empiezo una andanza por trayectos varios, encuentros múltiples, aproximaciones a ensayos, poesías, conversaciones, músicas, cintas cinematográficas, literatura, lenguajes otros con los cuales me pueda

acompañar en este acontecimiento; que me apoyen y me permitan hacer con estas pinceladas un esbozo que exprese algo de lo que me pasa, de la pasión, del sentir, del sufrir, del luchar que me significa entrar en contacto con mi experiencia, sonar al ritmo de mis latidos, escucharme con la polifonía de voces que significa ser un cuerpo entre miles de mundos. Tal vez la experiencia de escribir sea como lo expresa Masliah “No sé si lo que hago es contar historias o enfrentarme públicamente a las dificultades que esa labor tiene y que muchas veces son ocultadas...” Quizá esta escritura sea ese enfrentarme, ponerme cara a cara con la dificultad de ocultar las complicaciones que tengo cada vez que intento ponerme a disposición de las palabras, sonar con ellas, vibrar y decir algo; cada vez que me encuentro en lucha con esa tendencia maniaca de poner orden a estos trazos que rebeldes, libres y juguetones se desordenan, se esconden y me evaden para armarse y buscar sus propios acomodos, sus propias vibraciones.

Tal vez, en esta imposibilidad de la experiencia pueda manifestarse la posibilidad, algún acontecimiento, hecho irrepetible, cualquiera, único, sin añadidos, sin cálculos, sin derivados, sin historia, sin relación, que no puede encuadrarse, rodearse, interpretarse, que no intenta justificarse, o ser afán científico, verificación, flujo, investigación, descubrimiento, sino ocurrencia, sorpresa, imprevisto, discontinuidad, intermitencia, olvido de lo relacional, lo vinculante, lo interpretado, lo ya probado, pero eso, aún está por verse.

Siguiendo el recorrido que se hace en el diccionario, la noción de “experiencia” da idea de una presencia, de la existencia de un saber, de un sentir, de una singularidad, de un poseer, de una interioridad “conocer o sentir alguien una cosa él mismo, por sí mismo o en sí mismo (“Sé por experiencia lo que es eso”) (Moliner, 1994:1257). Saber, conocimiento, sentimiento, aprendizaje que solo se logra en la vida misma, viviéndola, actuándola, siendo participe de ella, dejándose envolver por lo que te entrega, fluyendo con sus vibraciones. Aprendizaje que es producto del contacto, de estar en relación, de entrar y ser parte, de dejarse tocar por el acontecimiento.

Aún cuando mi interés por las adolescencias y juventudes era anterior a los encuentros de los miércoles y viernes en Angelópolis, la relación de experiencia con ellos sucedió cuando tomé contacto con su corporalidad, su territorialidad; cuando enfrenté las contradicciones y las complejidades existentes en las conversaciones que sostuvimos; cuando no supe que hacer, ni que decir frente a ellos, frente a mí; cuando dejé de ser yo quien organizaba y decidía; cuando la pregunta por ellos se convirtió en una pregunta por mí, por mis términos, mis interpretaciones; cuando las imágenes venidas de los modelos y patrones que los “juvenólogos” construyen acerca de ellos, fueron desmontadas y revelaron las relaciones que históricamente se han establecido sobre estos adolescentes y dieron cuenta de un mundo de normalidad, naturalización, homogeneización y modelos dominantes únicos, acabados. Cuando como expone Larrosa no se asegura que el sentido de sus existencias se acople a lo ya pensado, sino que hace que se suspenda por un instante ese sentido y se abre una nueva posibilidad de significación. Larrosa (2003:43)

De esta forma, la experiencia nos habla de una escena, una circunstancia que es incierta, exterior y desconocida, pero que confiere un saber y puede dejar marca. Habla de una serie de sucesos sobre aquello que se desconoce, que no forma parte de la historia del individuo, de su existencia, pero que puede llegar a producir una habilidad, generar aprendizaje. Idea de una presencia que es externa, que supone como señala Larrosa “pasar de algo que no soy yo [...] eso que no depende de mí, que no es una proyección de mí mismo, que no es el resultado de mis palabras, ni de mis ideas, ni de mis representaciones, ni de mis sentimientos, ni de mis proyectos, ni de mis intenciones, que no depende ni de mi saber, ni de mi poder, ni de mi voluntad“ (Ídem, 2006:36) Presencia que remite a lo externo pero que me devuelve a mí, a mí en relación con el mundo, como lo expone Calvino (s.f)

“ [...] Mientras que yo estoy tratando de leer en la sucesión de las cosas que se me presentan cada día, las intenciones del mundo respecto a mí, y avanzo a tientas, sabiendo que no puede existir

ningún vocabulario que traduzca a palabras el peso de oscuras alusiones que se ciernen sobre las cosas. Quisiera que este aletear de presentimientos y dudas llegase a quien me lea, no como un obstáculo accidental para la comprensión de lo que escribo, sino como su sustancia misma; y si la marcha de mis pensamientos parece huidiza a quien trate de seguirla partiendo de hábitos mentales radicalmente cambiados, lo importante es que le sea transmitido el esfuerzo que estoy realizando para leer entre las líneas de las cosas el sentido evasivo de lo que me espera”.

Eventos que suceden fuera de mí, que no me pertenecen, que no puedo, que en su condición de externos se manifiestan como una lucha que violenta al pensamiento, lo sacude, lo incomoda, lo arrastra hacia una búsqueda, convirtiéndose en una incitación que desenfundada avanza hacia un encuentro donde habrá vulneración, padecimiento, ruptura y forzamiento. Encuentro que, como expone Zourabichvili (2004) “[...] es el nombre de una relación absolutamente exterior, donde el pensamiento entra en relación con lo que no depende de él. Es decir la relación en tanto exterior a sus términos, a sus condiciones, a sus modos...” que asume la figura azarosa de algo inexplicable en términos de quien la nombra; conflictiva, irracional y desafiante en correspondencia con aquello que todavía no se piensa, que aún no se sabe.

Escenas que se ven vulneradas cuando mis ideas construidas sobre esos chavos se contraponen y se enfrentan a sus condiciones, sus palabras, a sus ideas, a sus expectativas y terminan puestas en cuestión, dudando de su veracidad, cuestionando su origen, profanando su estabilidad. Encuentro incierto, heterogéneo, desafiante, viscoso, denso, intransitable, donde la comodidad y la soltura no tienen cabida.

La experiencia dice Cornu es ante todo el encuentro, supuestamente pasivo, imprevisto y en ocasiones desafortunado, de lo que está allá en el espacio y en el tiempo (Cornu, 2002). Encuentro donde mis creencias se afectan, mis seguridades se tambalean, mis certezas se fracturan, mis proyecciones se

esfuman, mis obsesiones se alteran; y mientras estoy tratando de leer los términos en que se expresa esta relación me detiene una pregunta imponente, ¿Será acaso que esta afectación sucede sólo cuando no intervengo? ¿Cuándo aquello externo sucede en mí sin que yo intervenga? ¿Cuando eso abrumador, tambaleante aparece intempestivamente frente a mi existencia? Subsiste la pregunta, se ignora su origen, luce enigmática, conmociona los sentidos, inquieta el pensamiento: ¿Y si esta experiencia sucede en mí, en mis creencias, en mis seguridades, en mis obsesiones, en mis intimidades, en mis proyecciones, entonces, qué hay de aquello que pasa cuando estoy con otros? ¿Qué hay de lo que construyo con ellos? ¿Cómo nombrar aquello que ha sido generado en ese ir y venir de flujos que revelan vida?

Para Cornu (2002) la experiencia existe por la presencia, la mirada, la significación, las palabras de los demás. Es a partir de esa relación entre sujetos y sujeto-objeto que se garantiza la experiencia, pues tal como lo indica Diker (2004) se inscribe en un terreno público, en un territorio donde se está dentro y fuera al mismo tiempo y, a partir del cual los sujetos son sacudidos, conmovidos en sus pensamientos, en sus sentimientos; no obstante, para ello el sujeto debe estar, al decir de Larrosa “dispuesto a oír lo que no sabe, lo que no quiere, lo que no necesita. Uno está dispuesto a perder pie y a dejarse tumbar y arrastrar por lo que sale al encuentro. Está dispuesto a transformarse en una dirección desconocida” (Larrosa, 2007:30) Experiencia que requiere de estar dispuesto a com-partir, com-partirse, a establecer como condición de existencia el ser junto con otros.

Pero, esta transformación necesita un cuerpo para tomar cuerpo, ya sea a través de la forma de sensación, de gesto, de melodía, tal vez de olor o quizá de voz para hacer profundo sentido, pues como dice Esquivel “la experiencia se encarna intensamente en la vida concreta de las personas, cuando ... se reencuentra en los colores de la fruta de un puesto de mercado, cuando una novela se reconoce en el rostro impávido de una cajera de un banco o en el sabor de una comida cocinada con placer ...”. (Esquivel, 2008) Experiencia que suena, como señala Larrosa “a cuerpo, es decir, a

sensibilidad, a tacto y a piel, a voz y a oído, a mirada, a sabor y a olor, a placer y a sufrimiento, a caricia y a herida, a mortalidad. Y suena, sobre todo, a vida, a una vida que no es otra cosa que su mismo vivir, a una vida que no tiene otra esencia que su propia existencia finita, corporal, de carne y hueso” (Larrosa, 2006)

La experiencia tiene lugar en mí, como expresa Larrosa “es en mí (o en mis palabras, o en mis ideas, o en mis representaciones, o en mis sentimientos, o en mis proyectos, o en mis intenciones, o en mi saber, o en mi poder, o en mi voluntad) donde se da la experiencia, donde la experiencia tiene lugar” (ibídem: s/p) Para que la experiencia suceda necesita transitar por la carne, requiere de un sujeto de la experiencia “como un territorio de paso, como una superficie de sensibilidad en la que algo pasa y al pasar deja una huella, una marca, un rastro, una herida” (ibídem: s/p) Hay experiencia cuando hay huella en ese sujeto, cuando hay vestigio de que las creencias han sido movidas, las representaciones profanadas y la existencia vulnerada; cuando el sujeto queda expuesto a lo imprevisto, lo inesperado y lo espontáneo de lo otro, del otro; cuando lo que nos pasa nos transforma, nos constituye, nos hace como somos.

La experiencia necesita de un tapiz para dejar su sello, para marcar su paso y ofrecer en su recorrido un saber singular que nadie puede hacer por nosotros. Saber singular que convierte a la experiencia en un viaje donde se abre la posibilidad para que uno se encuentre a sí mismo y vaya en dirección de lo otro, del otro. Pero este trayecto, esta andanza conlleva padecimiento, transformación, conmoción, cambio, y como expone Mélich en ella se revela la presencia de la novedad, de la búsqueda, del movimiento, de lo inesperado, de lo por venir, de la apertura.

Experiencia que alberga según Messina el “deslizamiento hacia lo nuevo, lo imprevisible, que produce un acontecimiento, el fin de la rutina, el tránsito hacia un territorio desconocido, no exento de peligros y al mismo tiempo lleno de novedades” (Messina, 2006:4); A partir de lo anterior se podría retomar la expresión cotidiana “fue una experiencia que no había previsto”

para mostrar la presencia de eso sorprendente, que marca la diferencia entre lo esperado, que da a la experiencia el carácter de único, de irrepetible, de singular, y que al mismo tiempo impide que la experiencia quede exenta de peligros, de riesgos. La experiencia no queda libre de riesgos y peligros porque hace estallar las creencias, los códigos, los ritos, los lleva al límite, permite su transgresión (Larrosa, 2003) De ahí que el sujeto pierda el control pues cualquier indicio de confort o presencia de comodidad queda suspendido; al ser su cuerpo el lugar por donde cruza y se expresa la experiencia el sujeto queda totalmente expuesto, arriesga sus certezas, su dominio, su poder, su saber y lo confronta con sus límites, sus imposibilidades, su finitud.

En palabras de Mélich (2002), “la experiencia que uno tiene del mundo, de los otros y de él mismo siempre resulta ineludiblemente e irrevocablemente un *experiencia de la contingencia*, es decir, una experiencia de la *indisponibilidad*, de la *fragilidad* y de la *vulnerabilidad*”. Cuestiones que rozan el límite de nuestras existencias, que muestran la debilidad y temporalidad que tienen nuestras afirmaciones y creencias. Esos límites son los que nos sacuden, los que van haciendo que los puntos de referencia pierdan su estabilidad y fijación dando paso a temores que envuelven nuestra vida y hacen que los sentidos comiencen a desmoronarse frente a nosotros.

Experiencia que al ser contingente, al no tener nada de absoluto, al no tener nada estático, nos hace estar permanentemente en trayecto, en camino. La experiencia es como un barco pirata, es imposible saber a dónde llegará si se deja conducir con libertad por los vientos de la apertura, de lo sensible, de lo imprevisto. La experiencia es vida, es aquello que paso a paso pasa, que llega mientras va llegando; es el modo en que cada uno vive eso que la vida le va ofreciendo, le pone en frente o se ve obligado a vivir.

Es sabido que cuando las cosas y las personas se inician o comienzan algún relacionamiento se ven forzadas a esconderse, a ocultarse, en un intento por no verse rechazadas por el conjunto del cual han emergido y que aún no las

implica, deben por lo tanto hacer evidente su rasgo común, aquel que las involucra y con el que guardan relación. La esencia de ese acontecimiento, de ese comienzo dice Zourabichvili (2004) aparecerá en el trayecto, nunca lo hará al principio, aflorará cuando su existencia se haya consolidado, surgirá en el medio para no morir en el intento.

Y de nuevo surgen las preguntas, ¿dejo que la línea del pensamiento se sumerja en las profundidades? ¿Por qué sabernos frágiles nos produce inseguridad? ¿Por qué nos protegemos tanto cuando nuestras ideas, nuestra existencia se ven interpeladas? ¿Por qué nos altera tanto reconocer nuestros límites? Esculco en mi pensamiento tratando de ubicar alguna respuesta, intento encontrar aquellas razones que me conduzcan a identificar por qué las posturas apegadas a la regla, a la norma, a lo legitimado se han mantenido por tanto tiempo; observo en ello algo de una mirada vertical, simplificadora, que protege, que ofrece generalizaciones, estereotipos y va produciendo relaciones dominantes, colonizadoras que nos hacen sentir dueños de la verdad o tener siempre la razón, ser opinadores superficiales y evitar el compromiso con nosotros mismos, así como las responsabilidades para con los otros.

Siguiendo a Cornu (2002) la experiencia tiene el sentido de una voluntad, de la tentativa audaz, de ensayar algo posible, de intentar una acción nueva o de verificar una hipótesis sobre eso real que se construye activamente. “La experiencia es una verdadera fuente de aprendizaje de la vida humana, una fuente de aprendizaje que no nos permite en absoluto solucionar problemas sino encararlos” (Mélích, 2002:75). Sin embargo, esta fuente de aprendizaje, de formación no podrá convertirse en experiencia si eso que sucedió, llegó, pasó no es elaborado y adquiere un sentido en relación a la vida propia; Expresiones cotidianas como -“quiero hacer la experiencia”, “estoy experimentando”, nos hablan de aquello que aún no llega a ser experiencia, que suena a una tentativa, a posibilidad, a intento. Siguiendo el camino trazado recurro a la puntualización que hace Foster cuando señala que, la experiencia no es aquello que agota el sentido, no es aquello que se vuelve

ley, sino lo que trabaja en el interior de la fragilidad humana, que es esencialmente la narración de la fragilidad humana.

Y sin imaginarlo, súbitamente aparece Juarroz en compañía de uno de sus poemas: De un abismo a otro abismo/Así hemos vivido/Y cuando nos tocaba interludio/ de una zona de aire/donde es fácil respirar y sostenerse/añorábamos sin querer el abismo/ que nos ha amamantado con la nada. Desde el fondo del ser trepa un ensalmo/para pedir, cuando llegue la muerte/que todo sea un abismo, no otro rumbo. Tal vez en él nos crezcan alas. Adentro de un abismo siempre hay otro/Y si no hay diferencia habrá distancia/Sólo nos falta hallar y ser tan solo/la distancia de adentro del abismo.” Juarroz (2005:375)

Narración que intenta dar cuenta de la experiencia, pero al hacerlo se encuentra con el límite que imponen las palabras, con la dificultad de exponer a través de ellas el movimiento, la fuerza, el vigor, la contrariedad, la complejidad que conlleva la vida. Dificultad presente por que la experiencia, como expresa González (1998), es vacilación “Es lo que precisa ser reflexionado para no disolverse como inmediatez”; Vacilación surgida cuando la experiencia se mueve entre el vaivén de tener un origen, esa primera vez, el momento inaugural y perderse, fundirse, desaparecer en lo fijo, lo permanente. Fluctuación que puede producir el desperdicio de ese chispazo de singularidad y ocurrencia, de la inesperada, repentina y sorprendente novedad. La experiencia busca el origen para no perder la única forma que tiene para volverse a pensar, para no diluirse y desvanecerse; es quien la anima a no meter en conceptos, disciplinas armadas aquello que desea ser visto, pensando, sentido, oído, escuchado en su exquisita ocurrencia.

Para superar la imposibilidad, la experiencia desata una lucha encarnizada, defiende este primer momento para que no sea atrapado en etiquetas, para que no sea encarcelado en conceptos, categorías, clasificaciones y modelos establecidos que lo momifican; se debate entre el deseo de lo actual, lo imprevisto y la necesidad de su origen, de tener registro de su pensamiento:

Y entonces ¿Qué hacer para que la experiencia no corra el riesgo de ser pura inmediatez? Una respuesta se aventura, aparece segura, confiada de su verdad, sin embargo la sombra de una reflexión no la deja consumir su validez: La experiencia reclama ser reflexionada, reclama traición y necesita de ese chispazo donde el sujeto de la experiencia se desprende de su breve presente, instante donde se detiene la reproducción de aquello que refleja su mismidad para entrar en contacto con aquello que forzosa y estructuralmente involucra la diferencia, la otredad. Contacto que se logra cuando el punto de convergencia se mueve y recibe, cuando acoge y deja que los sentidos y el pasado digan todo aquello que estaba por llegar.

Palabras que no alcanzan para expresar lo que ha sucedido, que inútilmente se esfuerzan por decir algo de la riqueza de la vida; miradas mudas que se enfrentan con una experiencia que es evasiva, no cooperativa, esquiva, especialmente cuando se escudriña en sus orígenes. La experiencia parece no dejarse atrapar y mucho menos cuando se intenta espiar su silencio, cuando se pretende malograrla desde coordenadas homogeneizadoras, establecidas, cuando se trata de evaluarla con criterios y parámetros definidos previamente por disciplinas y campos de conocimientos rígidos, generalizadores y limitantes. Experiencia que como expone Benjamín se piensa como “lo impronunciable en lo pronunciable, la de un más allá del límite en lo ilimitado, lo no conceptual del concepto, aquello que de la cosa se le sustrae al sujeto y que, sin embargo, lo atraviesa”. (Benjamín, citado en Foster, 2006)

En el lenguaje corriente la “experiencia” expresa algo de un patrimonio, de una herencia, de algo acumulado, de una pertenencia, de una exterioridad, (“tengo la experiencia en...” o “me falta experiencia”, “tiene muchos años de experiencia”). Sin embargo, Foster citando a Agamben señala que la primera forma de la experiencia, el sentido común, sentido que remite a la vida, ha sido destituida y en esta destitución se ha perdido la posibilidad de volver narrativa a una determinada vida, de guardar en ese lenguaje de narración la memoria de lo vivido, de lo duradero y profundo que ha sido transmitido por generaciones pasadas para ser compartido a las nuevas.

Historias, dice Foster (2006), “que guardaban la posibilidad de ofrecer parábolas de la existencia, enseñanzas, poniendo en evidencia que la experiencia no es algo universal, abstracto, necesario, sino que la experiencia es particular, contingente, frágil y cuya transmisión no está garantizada pero que hace de la narración el vehículo indispensable para que generación tras generación puedan ir recuperando y escuchando las palabras que se guardan en el tesoro de la experiencia”.

Herencia, patrimonio que necesita memoria, que requiere de un tiempo y un lugar para confirmar su existencia, para asegurarse de que ocurrió y se produjo una conexión significativa, tal como lo expone Larrosa “no puede haber experiencia cuando todo pasa con demasiada prisa, “[...] La velocidad en que se nos dan los acontecimientos y la obsesión por la novedad, por lo nuevo, que caracteriza el mundo moderno, impide su conexión significativa. Impide también la memoria puesto que cada acontecimiento es inmediatamente sustituido por otro acontecimiento que igualmente nos excita por un momento, pero sin dejar ninguna huella” Larrosa (2007). No obstante, así como la experiencia se enfrenta ante la búsqueda del continuo también lo hace al espanto de lo intermitente, a la fútil laboriosidad que se intensifica cuando aquello que se nos presenta no encuentra resguardo en nuestro ser, a inaugurar experiencia de la espera, de la contemplación.

Desconcierto, confusión que se desata por temor a que la experiencia pueda ser perpetrada por esos chispazos novedosos de saber, por los avisos de aquello que se conoce, pero que, no se sabe decir en palabras, que en teoría aún no se sabe decir, que se ubica en el desborde, el doblez, el pliegue. Conflicto permanente, secreta inquietud, expectación constante que cierra el camino a aquello nuevo por la presunción de un saber para siempre, saber completo, consumado que esta seguro de poseer; intranquilidad cuando se pone en cuestión la completud de la experiencia, cuando se duda de su condición acabada. Conflicto que al mismo tiempo que es presunción también se convierte en sobresalto por parecer impenetrable a aquello que aún no se sabe y que no se sabe que no se sabe; desconcierto productor de rajadura y resquebrajamiento. Sospecha fundamental de la experiencia,

saberse consumada y al mismo tiempo tan necesitada de esos actos nuevos que la hacen dudar de su existencia, de su realización, de su completud, pero que le confirman su existencia. Honor de su presencia siempre ahí y de la cual se vale para cuestionar el sentido de adquirirla siempre nueva según lo expone González (1998). Experiencia que es resquebrajada por ella misma, por aquellos actos forasteros que funcionan como sospecha de su presencia consumada, de ese contacto irrepetible, único del ser con los objetos del mundo. Destellos novedosos de saber que responsables del resquebrajamiento pueden adquirir la figura de un aprendizaje que, en medio de la intranquilidad, el azoramiento, la alteración, el desconcierto, el dolor, el desorden ponen en cuestión esa lógica de la causa efecto, de la linealidad, de la simetría, y dan paso a un ritmo intraducible, diverso, irreductible, ese que puede ser vivido como un shock.

Experiencia que supone un espacio y un tiempo limitado, finito, contingente, provisorio, donde inscribe su condición de individual, de singular, de cambiante. Espacio y tiempo que determinan el territorio público donde el individuo se conecta a una práctica colectiva que puede ser interpretada en términos sociales y culturales. Experiencia de sí, que desde su historicidad, puede ser pensada con un antes social y colectivo y un ahora que también es social y colectivo, mismos que van a determinar los escenarios de posibilidad de la experiencia y ofrecerán las coordenadas para pensarla. Experiencia que como vemos tiene lugar en relación con el mundo y con los otros, y en ese “entre”, ese espacio que queda en “medio” se produce una borradura de la frontera que separa lo que sabemos y lo que somos, lo que pasa y lo que nos pasa, para dejar en plena exposición la relación con nosotros mismos, para poner en sospecha que la experiencia nunca se tiene, nunca llega, que tan solo hay intentos de vida o como diría Montaigne (2007) “Azares que imponen nuevas búsquedas, nuevos extravíos, nuevas embriagueces... movimiento irregular. Perpetuo, sin molde, y sin fin, cuyas invenciones se estimulan, se siguen y se crean mutuamente... la relación que se saca de la experiencia es siempre imperfecta y lánguida...”

Pero ¿y todo esto qué tiene que ver conmigo?, ¿qué tiene que ver con la experiencia de relacionarme con la escritura, de mi intercambio con los chavos de Angelopolis?, me detengo pero me encuentra la marea de preguntas ¿qué me pasa con todo esto que estoy escribiendo? ¿De dónde viene, acaso viene de algún lado? ¿Hacia a dónde va, acaso va a algún lugar? ¿Va para alguien, acaso hay alguien que la espera?, veo arribar un par de ideas, emergen en medio de una tormenta de preguntas, de dudas, de incertidumbres, de intentos de comprensión, de sentimientos de exigencia por aclarar las palabras, por que guarden un orden, por que digan algo de lo se quiere decir, ninguna de ellas luce completa, ninguna llega dócil, ninguna complace, todas son libres y soberanas, suceden sin mi consentimiento, sin mi intervención.

Y ahora después de esos encuentros con las adolescencias de Angelopolis, el sitio donde nos encontrábamos a dejado de ser ese lugar que rechazo porque lo considero exagerado, exclusivo, las etiquetas impuestas al lugar van desapareciendo, el lugar es lo que es: un centro comercial, los chavos son lo que son: adolescentes reunidos en una de las entradas de esa plaza; han dejado de aparecer en mi mente, en mis palabras con todas esas etiquetas asignadas: superficiales, indiferentes, apáticos, despreocupados, existencias molestas, incómodas. Ahora me siguen interpelando, me inquietan, me conmueven pero ya no por lo que no hacen o por lo que no son, por lo que dicen o se espera de ellos socialmente, ahora me interpela su existencia, su condición de seres co- habitantes de este mundo, su existencia compartida. Somos seres que desde el nacimiento llevamos incorporada una maquineta de percibir que va construyendo un catálogo de colores, formas, sabores, perfumes, sensaciones gustativas, táctiles, basta entonces con observar para en ese estar observando olvidar la manía de catalogar cual deshojador de margaritas: me quiere, no me quiere, para dar paso e inaugurar el hábito de develar, de volver a sí mismo y preguntarse: ¿Y qué es aquello que de la noche absoluta me conmueve? ¿Qué tiene para decirme la sonrisa de un niño? ¿Por qué me deslumbra ese amanecer frente al mar? ¿Qué es lo que me parece tierno en ese saludo entre dos adolescentes? ¿Qué de todo ello me vincula con mi existencia?

Experiencia que ha tomado la figura de aquello que se piensa, donde predomina el acto de interiorización, de transformación de uno mismo y pone al descubierto la posición de poder que tomamos cuando usamos nuestra vivencia, nuestro saber, nuestro sentir como la fuente unívoca de sentido, como parámetro único desde el cual se pretende explicar y actuar en relación con otros, en el mundo.

Experiencia que irrumpe en la vida, en su devenir, que se convierte en cuestionamiento, que deriva en afectación y afección de sí, de las creencias, de las certezas, siempre y cuando se entre en relación con otros y se corra el riesgo de dejarse afectar por ellos en un encuentro donde el mundo se pone a disposición, donde los sentidos adquieren una nueva significación. Experiencia como “aquellos aspectos de la existencia humana que parecen desafiar la comprensión racional (...) ese algo que sobresalta y desconcierta, una especie mística de experiencia de la cual emerges cambiado” (Miller, 1993:42)

CAPITULO III

Preámbulo seguido de una deuda

¿Cómo hacer, cómo comenzar para no traicionar, para no prolongar esos instantes, para no alargarlos forzosamente, para no profanarlos y extenderlos como si fueran una sustancia elástica, chiclosa que puede moldearse a mi antojo, a mi conveniencia y placer? ¿Cómo salir de esta mirada fuertemente interna para dejar que dance entre otras notas, se entreteja con otras vibraciones, se dibuje entre tonos externos, diferentes, ajenos a mí?

Escritura, experiencia que se presenta como un abismo, infinito y, que en palabras de Larrosa "...parece una actividad de consumo de experiencias, un trabajo hecho a partir de una colección de experiencias almacenadas y almacenables, cada vez más borrosas y más lejanas, cada vez más estereotipadas en el recuerdo, que para ser comunicadas, tienen que ser transformadas en material artístico. Hacer comunicable la experiencia significa escribir para otros, convertir la propia vida y la propia persona en objeto, usar signos abstractos e impotentes. Escribir significa, por tanto engañar y engañarse, empezar a sentir en uno mismo el olor a libro enmohecido". (Larrosa 2006:131)

Trabajo de coleccionista que se encuentra ante la dificultad de armar trazos a partir de líneas previas que resuenan en otras sonoridades, limitación expresa de lo que significa comunicar experiencias, rondar alrededor de ellas, hurgar en su recuerdo para intentar traducirlas a signos; la tarea resulta desafiante toda vez que ellas aparecen más borrosas y lejanas. Dificultad que pone de manifiesto, como lo expone Levinas (1987), el encuentro con un mundo al que se ha encantando y donde la realidad se presenta como pura apariencia, como efecto de lo que se dice "sobre" ella. Hechizo que opera a través de las palabras, mediante las razones que los demás comienzan a creerse y que usan con la finalidad de sentirse a gusto,

encantados, seguros y confiados del modo en que viven y se relacionan. Mentira y engaño que persiste con el único propósito de sostener la ficción, de conservar el estatus, de mantener la apariencia.

Escritura que se experimenta en medio de límites existentes, en una carrera de preguntas que se precipitan, se agolpan y que congregadas invitan a poner en cuestión la totalidad del pensamiento formal, causal e interpelan el juicio unívoco: ¿Quién pregunta? ¿De quién son estos cuestionamientos? ¿De dónde parten? cuestiones que no encuentran respuestas, que se entrecruzan con más preguntas cual pasillo de laberinto, que deambulan en medio de postulados, categorías, supuestos, hipótesis, que se rasgan al no dejarse atrapar por disciplinas, campos y tiempos legitimados. Cuestionamientos que conducen hacia caminos insospechados, sorpresivos, dentro de los cuales, aún cuando se aspira, quizá no se logre llegar a la salida y sin embargo se tiene la esperanza de que podrían sugerir algo a modo de separación, inversión y desbordamiento (Derrida, 2003) dado que su sentido no es final, sino progresivo.

Verbos, acciones asociadas que nos hablan de un decir, de un hacer, de un sentir y con las cuales avanzo para enfrentar cuestiones como ¿puede la escritura devenir en acontecimiento? ¿Cómo hacer para expresar una experiencia (de investigación) sin sacrificar la vida, la riqueza de los otros que no escriben? ¿es posible producir un texto, un relato donde se hallen las palabras certeras que no calumnien, ni denuncien y se eleven sobre todo prejuicio y dominación?, como diría Kapuscinsky “Hallar la palabra certera/ en plenitud de sus fuerzas/ tranquila/ que no caiga en la histeria/ que no tenga fiebre/ ni una depresión// digna de confianza// hallar la palabra pura/ que no haya calumniado/ que no haya denunciado/ que no tomó parte en ninguna persecución/ que nunca dijo que el blanco era negro// se puede tener esperanza// hallar palabras alas/ que permitiesen/ un milímetro siquiera/ elevarse por encima de todo esto//.”

¿Cómo enfrentar la dificultad que impone el acto de traducir, de poner en palabras lo que ya fue escrito y dicho previamente, que ya ha recurrido a

otros signos, a otras palabras, a otros tiempos, a otros contactos? ¿En esta escritura, existe alguna oportunidad de superar el riesgo de cosificar, disminuir, contradecir, anular, sobreponer, reducir, malinterpretar, sobredimensionar? ¿Y qué hacer para no ejercer mi poder e imponer mi visión al explicar, interpretar, etiquetar las palabras de los otros (los/as adolescentes de Angelópolis)? Veo como se desliza ante mí una deuda, deuda contraída con los otros de la investigación, deuda que adquiero mientras escribo, deuda que quizá no logre saldar pero que podría constituir una posibilidad para cuestionar y revisar esta relación establecida con las juventudes y adolescencias del centro comercial, que devenga espaciamento, que permita desdoblar aquellos supuestos y destinos asignados, interpelar el orden que toman los textos producidos (los registros escritos de las observaciones, las grabaciones, las transcripciones de las entrevistas realizadas) ¿Y si el mundo se esconde irremediabilmente tras el velo de los signos, los símbolos y los conceptos (De Constanzo y Wacker-Vignac, 2003) ¿cómo abordar esta experiencia sin dejarme llevar por la ilusión de la presencia, de la generalización, de la pluralización, de la escala fija, de la lógica única, de la escena estática y lineal? Tal vez se trate de eso, de una contradicción insalvable, una deuda impagable con la que se deberá avanzar, tal vez sea solo así, adquiriendo esta deuda, existiéndola, que pueda seguir el camino.

Cuestiones que cuestionan la cuestión

La idea rondaba pero no convencía del todo, los adolescentes congregados alrededor de aquel centro comercial eran vistos como un grupo de chicos que “no hacían nada” o que “pasaban el rato”, la mirada que los englobaba estaba claramente influida por un deber ser, un modo esperado de conducta al que debían llegar, que reglaba sus formas de conducirse, por ello cuando los observaba desde mi lugar normalizador, algo se salía del molde y aparecía como no correcto. Mirada que, como señala De Constanzo y Wacker-Vignac (2003) guardaba relación con las constantes presentes en la construcción identitaria, donde la valorización de sí mismo y del propio

grupo, de las propias creencias y costumbres, de la cultura, siempre se hace acompañar por una desvalorización del Otro, de lo “otro”.

La primera mirada se hacía acompañar de varias preguntas, pero una de ellas, era la que orientaba la búsqueda, la que generaba más inquietud, la que incitaba a hacer algo más. Consistía en descifrar qué efectos producía en esos adolescentes su paso por el centro comercial, el hecho de que permanecieran tanto tiempo ahí hacía suponer que algo debía pasarles, ya sea en su percepción del mundo, en sus modos de relacionarse con los demás y/o consigo mismos, es decir, la hipótesis era que no podían quedar inmunes a esa exposición. Sin embargo, a poco de comenzar con la exploración el foco de interés se fue modificando, se movió de lugar, me fui dando cuenta que esa mirada inicial tenía herencia, había que ir más atrás, más al lado, más hacia arriba, más a fondo para encontrar aquello que a primera vista se me negaba. Me fui sintiendo interpelada y las preguntas se hicieron recurrentes ¿de quién es esta cuestión? ¿Y si esta cuestión es del Otro, por qué debe partir de mí?

Pregunta que pregunta a la pregunta y pone en cuestión ya no a los chicos asistentes del centro comercial, sino las creencias alrededor de ellos, interpela las definiciones y discursos en circulación sobre los grupos de adolescentes; viraje que prometía un nuevo escenario, pero, ¿qué fue lo que provocó este giro? ¿Qué implicaciones tendría este cambio de coordenadas? Conversaciones que van y vienen, diálogos con otras voces, otras miradas, palabras e ideas que ponen al descubierto intersticios, que provocan un replanteo; indicios para arribar a una nueva dimensión de nosotros mismos, que como indican De Constanzo y Wacker-Vignac “implica un desear ir, allí a donde no se ha estado jamás, desear ver lo que todavía no se ha visto, aceptando siempre la frustración de que habrá siempre “cosas invisibles” que no podremos comprender y quizá ni siquiera sospechar” (2003:22)

A partir de ese entrar en diálogo, influida y acompañada, entre otros, por Derrida (2003) y Levinas (2000) la necesidad de ir hacia dentro se hizo presente, era preciso desmontar la idea construida, había muchas etiquetas,

muchas clasificaciones, muchas certezas, pero había una que parecía predominar, era esa la que incomodaba. Hacía referencia al grupo de jóvenes como una idea homogénea, con total naturalidad habitaba un patrón único en esa mirada, una idea de unidad que dejaba por fuera a ese grupo de chicos y chicas reunidos en ese centro comercial, que no daba cuenta de sus existencias, que los presentaba como totalmente “otros” frente a las imágenes ya elaboradas a partir del estudio y la elaboración que han producido las disciplinas legitimadas.

Recorrido sobre las culturas juveniles -específicamente en la cuestión que se relaciona con las agrupaciones juveniles- donde la figura de “la banda” se ha impuesto por sobre cualquier otro tipo de agrupación que no se originara en los contextos urbanos marginales o populares (Urteaga, 2004). Forma dominante de agrupación juvenil que se ha centrado en lo marginal, en lo excluido. Abundancia de literatura que también da cuenta de un concepto de agrupación, de comunidad o de tribu -usando los términos de Maffesoli-, como algo homogéneo, compacto, y cuya ideología, gustos y motivos de estar juntos son compartidos por todos los integrantes del grupo. Figura y mirada dominante que ha sido representada primeramente por la psicología, el derecho, la medicina, para después ser asumida por la sociología, la antropología y la comunicación. Abundancia que para este estudio es también posibilidad, apertura a aquello que ha quedado oculto y que lenta y frágilmente se va haciendo presente.

Encuentro con textos, documentos, informes, ponencias que revelan la construcción de un objeto de estudio llamado “banda”. Proyectos, estudios, investigaciones que discuten en México la imagen de esos “jóvenes delincuentes” difundida en los medios de comunicación y asociada a la aparición de bandas juveniles en las grandes metrópolis. Textos que intentan acercarse y penetrar a realidades de jóvenes que conviven en contextos de violencia y precariedad social para decir algo más de ellos, de su condición juvenil y de su pertenencia a esas expresiones emergentes, como serán llamadas por los especialistas contemporáneos. Figuras y agrupaciones juveniles denominadas bandas, que reflejan un modo de ser joven que

emerge en medio de un ambiente social de alta represión, que habita un escenario de crecimiento urbano con pretensiones serias de exclusión y que se enfrenta a una crisis económica con olor a desamparo y desesperanza. Episodios, relatos, testimonios que exponen desde enfoques eclécticos y planteos metodológicos varios, una imagen de juventud rodeada de una mirada que excede, que expande, que abunda, ¿pero, esta abundancia abre o cierra? ¿Qué deja fuera? ¿Qué diferencia es la que apachurra?

Al inicio no había cuestionamiento, esta unidad con la que se define a los grupos juveniles no resultó ajena, estaba legitimada, naturalizada; había un patrón homogéneo, dominante de agrupación juvenil, difundido y discutido por la academia. La extrañeza, la nota ajena, eso que llamaba la atención era la idea de ver a ese grupo de adolescentes reunidos alrededor del centro comercial como algo extraño, diferente; ubiqué en mi mirada un juicio, había etiqueta ¿Desde dónde llegaba esa etiqueta? ¿Cuál era su herencia? Para De Conzanzo y Wacker-Vignac (2003) cuando alguna generación envejece se considera muy distinta de la precedente, sin embargo trata a la generación siguiente como si quisiera que le fuera idéntica.

De ese primer cuestionamiento tan contundente y concluyente se desprendió una parada, era necesario vivir en carne propia eso de lo que tanto se había leído, exponer el cuerpo, proponer conversación y quizá abrir la oportunidad para establecer una relación, pues como señala Nancy, (2006:22) “...Si “entrar en contacto” significa comenzar a darse sentido el uno al otro, esta “entrada” no penetra en nada, en ningún “medio” intermediario y mediador. El sentido no es un medio en el que estaríamos inmersos: no hay “lugar medio”, es uno u otro, el uno o el otro, el uno con el otro, pero nada del uno con el otro, lo que sería una cosa distinta de uno u otro (otra esencia, otra naturaleza, una generalidad difusa o infusa).”

Las diversas lecturas del mundo iban calando, se percibían indicios de una sensación de inquietud, curiosidad, azoramiento, que en conjunto formaban una marea de preguntas que no paraban de revolotear en mi mente, los pensamientos estaban en constante movimiento. Influida por mis

acompañantes – Derrida, Levinas, Nancy, entre otros - sentía la necesidad de abrir esa mirada, desmontarla, despojarme de esa solidez y fijeza donde se encontraba, de internarme en ese misterio oculto detrás del rótulo, de discutir la idea de pensar a ese grupo de adolescentes como una comunidad o un “nosotros” homogéneo basado en la pertenencia a un “espíritu mayoritario” o al consenso (Téllez, 2001; Nancy 2003; Bauman, 2003)

Con una noción vaga de lo que estaba “investigando” me avoqué primeramente a realizar visitas sistemáticas al centro comercial para conocer sus dinámicas. De las imágenes formadas, a partir de conversaciones previas y de la propia mirada - siempre condicionada y a la espera de lo que se quiere ver (Portocarrero, 2006)-, me encontré que había pura y mera suposición, la observación cumplía con las instrucciones socialmente recibidas, pero condicionaba e impedía la inauguración del acontecimiento. Al mismo tiempo que se establecían los encuentros con el grupo de Angelópolis también se hacía una lectura y profundización sobre las nociones de comunidad y experiencia -enfoques que he intentado presentar en los capítulos anteriores-, situación que movilizaba preguntas, que permitía poner en cuestión el modo en que se desarrollaban los encuentros con los chavos/as del centro comercial, así como revisar los supuestos que entraban en juego durante nuestras conversaciones. Se trataba de “encontrar posibilidad para materializar una mirada des-colonizadora, que acerque al otro en su sustancia humana y no como un objeto deseable...” Portocarrero (2006)

La pregunta por cómo encarar desde la experiencia una práctica de investigación se convirtió durante todo el proceso en una sombra con la cual se libraba una lucha, había disturbio y un estallido de emociones y reflexiones que ponían en evidencia la tensión, sacudida y alboroto de creencias cada vez que por anticipado no se sabía cómo mirar, cómo ser mirado; momento donde los estereotipos perdían firmeza, donde, como escribe Skliar (2005:86) “Mirar en lugar de decir. Que no es lo mismo que ver en lugar de hablar. Y volver a mirar para, sólo entonces, comenzar a desdecirse”. Palabras, miradas que en tanto amigas se convertían en los más

feroces enemigos, aprisionando y reduciendo cualquier intento de compartir la experiencia.

Los restos de aquellas batallas libradas han quedado, así como los registros y despliegue de todas las creencias e ideas construidas previamente. Entre conversaciones y encuentros se desdoblaba su historia, intentando dejar en claro que existía y que lucharía por mantenerse única, al mismo tiempo que expresaba su pretensión de no dar cabida, de no abrirse a algo diferente.

De extranjería

Notas, lista de preguntas, apuntes, pautas de entrevistas que toman la figura de un amuleto, amuleto con el que se intenta evadir el misterioso peso de un encuentro, desconocido, incierto, incontrolable. Anotaciones, grabadores, formatos y pautas que fracturan, que generan grietas de donde se desprende el cuestionamiento acerca de su presencia, interpelando si aproxima, intoxica, exotiza. Fetiches que encuentran su origen en la inercia académica, apoyados en la creencia de que una investigación o un trabajo intelectual de tal o cual disciplina, cercado por los límites de ciertas normas, patrones, reglas bien definidas y estructuradas puede tener mayor validez y confiabilidad; Tensión presente cuando se intenta establecer una relación que pretende conocimiento, intimidad y apertura.

Ir al encuentro con los chicos/as del centro comercial, con las preguntas formuladas funcionaba perfecto para asumir el papel de “investigadora” pero disminuía ocasiones para dar paso a lo imprevisto, a lo fortuito, a lo contingente; tal como señala Mallart (2007) es un error pensar que existe un método específico o un momento ideal para conocer o acercarse a cualquier realidad y comprenderla, es falso creer que con un par de instrumentos se puede obtener mucha y buena información, son necesarias horas y horas de conversación, de ser parte, de confrontar lo escuchado con muchas otras observaciones y charlas para comprender si acaso un poco de los mecanismos, de los modos de ser y estar de los otros.

Según Mallart hay un problema que se plantea cuando se está en un enfrentamiento cotidiano con otras visiones del mundo, en medio de situaciones, palabras, imágenes tan diversas y heterogéneas: es la sobreposición de interpretaciones, de valoraciones y juicios, así como la tendencia a fagocitar, simplificar y reducir a imágenes conocidas y familiares aquello que no entra, ni cabe en ellas, disminuyendo su riqueza, su poder de ser lo que son para que quepan en nuestra comprensión. En esta sobreposición, por llamarla de alguna manera, hay una mirada de ojos pequeños que no pueden ver la grandeza de las imágenes que se les presentan, que encogen todo lo que encuentran a su alrededor y hacen cada vez más chiquita, más limitada y reducida la posibilidad de asombrarse, de estar dispuestos a dejarse encantar, y que sucede, quizá, como expone Petrovich (2008) a la misma velocidad que uno se va convirtiendo en adulto.

Después de coleccionar una gran cantidad y variedad de conversaciones contenidas de angustias, temores, fracturas, de estar ahí e inevitablemente vivir los intercambios en el propio cuerpo, se puso a prueba el mirar, pero ¿qué mirar era ese que se ponía en cuestión? era aquel que aparecía mediante la forma de verdad, no se trataba del mirar como sentido, no, el mirar que se ponía a prueba, que se interpelaba era ese que recurre a las creencias, que se sostiene en el encajonamiento de los hechos, que los aprisiona en palabras estáticas, que contagia con la presencia haciendo sonar todo en la misma nota. Mirar que deja por fuera el acontecimiento y que intenta controlar las vibraciones y aromas ajenos a él a través de la imposición, superposición y sustitución de figuras. Mirar cargado de fascinación, que se encanta a sí mismo cuando ve reflejada su mismidad y comprueba en el cuerpo del otro los supuestos que ha elaborado en torno a su existencia. Puesta a prueba donde se intenta otro mirar, que se aproxima a las expresiones de lo que no es, que ubica la complejidad de aquello que está por fuera de él para acercarse, quizá, un poco más a la enorme variedad de formas de vivir, disfrutar, soñar, opinar y existir.

Andante del centro

Los encuentros en la explanada de la plaza comercial estaban bordados de mil cosas distintas: desde los breves saludos a la distancia; los abrazos y chocadas de manos y hombros; las expresiones en voz alta acompañadas de empujones entre adolescentes del mismo sexo; de grupos de chavos sentados en círculo fumando, conversando, mirando a los que se acercan o caminan hacia el interior de la plaza. De sonrisas regaladas por las chicas mientras se tocan el cabello; de caminatas al interior del centro comercial mientras hablan por celular; de subir y bajar las escaleras eléctricas para encontrar al amigo o amiga con el que quedaron de verse; de gente que compra boletos para entrar al cine; de adolescentes gritando emocionados por que su amigo comenzó una conversación con alguna chava que le gusta; de policías que vigilan discretos y sigilosos el andar de los asistentes; del sonido de los celulares nextel; de manos estrechándose y besos en la mejilla; de consumidores adultos que no se detienen pero que miran con curiosidad a los grupitos de jóvenes reunidos a la salida de la plaza; de carreras hacia el estacionamiento para observar alguna pelea; de miradas y coqueteos; de olor a perfumes, golosinas y comida rápida; de visitas a la zona de revistas de Samborns; de colores y estilos en los atuendos y peinados que dan cuenta de la moda vigente; de música que sale de los reproductores mp3 y i-pods; de risas y expresiones de asombro entre las adolescentes; de juegos de persecución dentro de la plaza; de guardias en motos que circulan por el estacionamiento revisando que no haya disturbios; de mirar aparadores; de apuestas y desafíos que incluyen la interacción con los transeúntes; de cansancio y aburrimiento; de padres y madres esperando dentro de sus autos a que sus hijos o hijas salgan de la plaza; de empleados cansados de ordenar lo que los consumidores quitan de su lugar; de noches claras y frescas de invierno que invitan a quedarse más tiempo conversando a las afueras del centro comercial; de pláticas saturadas de juicios sobre la vestimenta y las expresiones lingüísticas; de compartir cigarros, bebidas y dulces mientras sentados en alguna banca del interior de la plaza siguen una rutina sin rutina.

Andante del centro, que busca ingenuamente empaparse con la dinámica del lugar elegido como punto de reunión de los y las adolescentes, que intenta penetrar en los códigos, expresiones, historias, trayectos que ahí confluyen. Exploradora de un territorio ajeno, extranjero, otro, que trata de habitar una convivencia en medio de intercambios varios, que quizá, pudieran devenir en una relación donde tal vez, no se sabe, se pudiera llegar a conocer las especificidades, diferencias y alteraciones que aparecen al configurarse un estar-juntos.

Universos singulares

Situaciones venidas de una experiencia de intercambio que se antojan como códigos en vivo, escenas de habla como diría Barthes, o pequeños universos de sentido que se presentan de forma reiterada en los intercambios con los adolescentes de Angelópolis, permitiendo la identificación de diferentes figuras donde se traduce y experimenta el “estar juntos”, el “ser con” ¿Y por qué hacerlo de esta forma, por qué usar estos intercambios como excusa para discutir la noción de comunidad, de aproximarse a la experiencia? Porque justamente fue a partir de los encuentros con las adolescencias congregadas en ese centro comercial que se manifestó la dificultad, la imposibilidad de “hablar sobre” estas cuestiones.

Relatos que ocurren por fuera de mi ¿dentro de mi?, que hacen pensar en aquello que no escuchamos, que no vemos, que evadimos, que hacemos, que no nos importa. Proximidad que comienza por repugnarme, conocimiento temporal y limitado de intercambios múltiples en territorio extranjero que no dejan de producir excepciones y exclusiones con la intención de dejar intacta una lectura que ya no es lo que era. Frases repetidas que a fuerza de seguir un camino circular terminan por creerse adecuadas para cualquier momento y cualquier situación. Inestabilidad que deviene en náusea cuando en la concurrencia de palabras sucede un sobre entendimiento y la imposibilidad de convertirse en otra cosa. Textura de la experiencia que como diría Larrosa y Skliar “...es ese paso a paso en el que cabe el

aburrimiento, y a veces como una trampa inevitable, la felicidad.”
(2006:126)

Territorio que al ser caminado por primera vez produce sobresalto; sorpresa que invade al cuerpo cuando no se encuentra con lo conocido, con lo que está esperando ver. Asombro en un mirar condicionado, contenido de clasificaciones y categorías que derivan hacia la estigmatización y la fácil interpretación. Mirar y andar que etiqueta en “conocido-desconocido”; “útil-inútil”; “mujeres-hombres”; “mismo-diferente”; “esperado-inesperado”; que supone y define bajos sus propios parámetros, que acerca una idea fija, que no arriesga nada, que ignora y subestima lo que escucha, que se resguarda en una distancia más o menos segura que la protege de ser atravesada por otros contactos. Mirar que cuenta ya con una historia acerca de lo que verá aún antes de encontrarse con ello, que congela y mata como lo expone Bradbury “intentar saber de antemano es congelar y matar. La deliberación es enemiga de todo arte, sea la actuación, la escritura, la pintura o la propia vida, que es el arte más grande” (Bradbury, 2005)

Durante el primer encuentro con los adolescentes se podía visualizar un contexto plagado de diferencias, diferencias que se hacían evidentes cuando se comparaba lo que se veía con aquel conjunto de imágenes y supuestos que ya existían previo al encuentro; podría decirse que en esa comparación de “supuestos y realidades” se confirmaba la inexistencia de una comunidad, pues según Quinceno “parece ser que una comunidad que no cumpla con lo soñado y con la ilusión de su proyecto no es comunidad, pues no cumple con los criterios de comunidad, que son hacer y hacer cumplir lo proyectado” (2007:177) en este caso, la posibilidad de hablar de una comunidad entendida como existencia de un hacer y un proyectar se desdibujaba.

Aparente inexistencia de comunidad que hizo evidente que el lugar de extranjería se percibiera recientemente habitado, impregnaba la escena de soledad, de indiferencia, pero al mismo tiempo donaba el espacio para una

relación posible- relación de posibilidad que demandaba condiciones de tiempo, de apertura, de vacío, de no imposición.

¿Qué puede, a qué está autorizado un andante extranjero, qué preguntas puede formular, está autorizado a hacerlas? y en caso de que ese extranjero fuera autorizado a preguntar, ¿quién lo autorizaría? ¿Son los otros, los jóvenes que frecuentan ese centro comercial quienes ostentan el poder de ser los anfitriones? ¿O todos somos extranjeros?, ¿Quién se constituye como la autoridad que ofrece hospitalidad en ese centro comercial? ¿Es el centro comercial, con sus leyes, normas y límites quien determina a quién hospeda? Y si todos somos extranjeros en ese centro comercial ¿estamos autorizados a preguntar? ¿El centro comercial es un sitio que se puede convertir en familiar o será siempre extranjero? Y si por el contrario, el centro comercial es el extranjero que a fuerza de colonizar se ha erigido como quien ostenta el poder de hospedar ¿qué pasa cuando el antiguo morador, hostilizado por las normas y la lengua impuesta cuestiona las leyes de hospitalidad condicionada que ofrece el centro comercial? ¿Las preguntas serían otras?

El aparador: De cómo hay “exposición”, “exhibición” y “apertura” en el “ser junto con”

“Venimos, conversamos, fumamos, saludamos a nuestros amigos, criticamos, a veces venimos al cine, pero criticamos, sobre todo eso..., pues sobre la forma en que caminan, la ropa, de muchas cosas, pero sobre todo de eso, de la ropa, de cómo se visten”

Nos encontramos ante un paisaje de aparadores que al ser transitado por estos adolescentes asume la figura de un paisaje de deseos. Entre vitrinas y escaparates que les sirven para mostrarse al mundo, exhibirse y presentarse, estos adolescentes asumen también una posición de competidores; con su presencia compiten con los anuncios y carteles que promocionan la música más vendida, los best sellers, la nueva versión de los zapatos deportivos “just do it”, los electrodomésticos sofisticados, las joyas de marcas extranjeras, las ofertas de televisión por cable. Aparadores donde pueden

quedar totalmente integrados y expuestos a las geografías visuales, domesticadas y parceladas de los andantes juveniles, donde de alguna forma buscan mezclarse con el otro, asegurando de esta manera que serán vistos.

Vitrinas que encierran, protegen, embellecen y conservan los objetos para que puedan ser vistos, admirados, conocidos, adquiridos. Acto de decoración que a partir de la creación e instalación de una escena ficticia - mixtura de colores, luces y texturas- les aporta mayor valor y los hace lucir más atractivos. Aparadores que al mismo tiempo que preservan y adornan la mercancía buscan incansablemente deshacerse de ella, hacerla circular y ponerla a disposición de quien pueda adquirirla. Vitrinas que funcionan como el canal que facilita el poder ofrecerse como una mercancía que al exhibirse tomará otro valor, otra importancia, debido que se le atribuyen características que aparentemente están asociadas a la obtención de distinción y status. Y aquí valdría apoyarse de lo ya mencionado por Marx cuando describe que las mercancías al entrar al mercado obtienen un valor de cambio, diferente a su valor de uso.

Para estos adolescentes que frecuentan el centro comercial, presentarse ante otros y arriesgarse a sus miradas son actos inherentes al “ser junto con”; parece ser que al confluir en este espacio, aparentemente sin restricciones, se tornan idénticos a sus supuestos deseos, lo que viene a producir una serie de clasificaciones que los uniformiza y estigmatiza, sacrificando su singularidad, poniéndolos a todos bajo la misma etiqueta, a la vez que los coloca en un lugar de nominación que borra sus matices, los eclipsa, sujeta y subsume a una única e ilusoria identidad anulando de esta forma su misterio, su asombro.

Arriesgarse y exhibirse a otra mirada, a otro juicio, a otro pensamiento resulta inherente a su condición de hacer comunidad, pero también lo es, el poder presentarse bajo la forma de una exposición que no se rige por tiempos o espacios heredados, constituidos por normas y convenciones rígidas. Este “estar juntos” aparece como una acción informal, de exposición libre, independiente, que sucede imprevisiblemente y que los/as deja

totalmente expuestos a la mirada ajena, esa que a la vez los confirma en su existencia.

“venimos porque se junta toda la gente conocida, conoces a mucha gente, vienen y los saludas, platicas, a veces el chavo que te gusta viene y ya lo ves...”

“venimos a divertirnos, a ver a quién nos encontramos, a ver niños guapos, venimos a ver a la gente que no hemos visto en mucho tiempo y a platicar con nuestras amigas”

Exponerse entonces resulta mucho más que exhibirse, implica arriesgarse, abrirse a otro, abrir la posibilidad de un juicio externo, de una contemplación que puede venir cargada de interpretaciones y críticas. Exhibición de uno mismo que se arriesga al impacto de las opiniones que suceden por fuera de uno. Riesgo de perder la inmunidad, la estabilidad, la fijeza de una imagen que al salir de su espacio de conocimiento se abre a otras presencias que la etiquetan, la clasifican, la ordenan, la desnudan.

Exposición que se transforma en señal de desarme, de vacío, pero también de hospitalidad, de ingreso, de aceptación e incorporación de otra presencia; que asume la inaccesibilidad a la voluntad propia, que libera el momento de las propias creencias, valores y autoimágenes; que le obsequia la posibilidad de aproximarse en un ritmo y una cadencia otra, diferente, sugerida por los movimientos acompasados de lo que podría ser una caricia extranjera (Derrida, 2000)

Incorporación que implica una apertura, la cual supone un acto de comunicación que se vale de lo que muestra el cuerpo. Aventura que va armando un recorrido de atreverse a soltar, a dejar que en esa exhibición quede adherido al cuerpo cualquier cosa que desee ser adherida, que lo libere de la presión del encasillamiento propio. Imágenes, movimientos, sonidos, signos, ritos que sugieren e invitan a pensar y sentir otro tipo de colores, terminaciones, palabras, ritmos, olores, distribuciones, decoraciones, gustos, ambientes. Acto de inauguración que al mismo tiempo es posibilidad y oportunidad.

Exhibición que puede llegar al límite de una invasión, de un cuestionamiento avasallante donde no queda rastro del origen, pues después de tanto ser visto por otras miradas termina o comienza por obviarse, olvidarse, desvanecerse. Exposición que invita a una lectura donde no hay texto escrito, donde se pone de manifiesto el despliegue de asombro e inocencia para que en el caminar, en el vestir, en el hablar, en el compartir, en el reír se reconozca aquello que para estos chicos es habitar el centro comercial, compartir el espacio, intercambiar y poner en común el tiempo.

Paisajes llenos de miradas que quisieran ser distintas de lo que acaban de ver. Elección de imágenes de uno mismo que en su conjunto también son un acto de alarde, que encierran aquello que desde nuestra consideración puede ser valorado positivamente por los otros. Atributos que relacionan a los individuos con su condición de poder, de mirar y seleccionar, de asumir en esa elección una "identidad", que no es más que la idea de alteridad que los vincula con otros.

Acción de exponerse en ese escaparate formado por el centro comercial que involucra a todos los observadores como cómplices, examinadores de eso que se exhibe y testigos de los deseos que se suscitan en ese mirar. Presencia que permite cruzar una frontera ambigua entre lo público y lo privado, entre lo mío y lo de otros. Exposición que funciona también como instrumento para llamar la atención, para hacer que las miradas se fijen sobre aquellos atributos de los cuales se siente orgulloso, satisfecho, que permiten probar lo valioso que se es.

Exposición que demanda un tiempo específico para observar lo que resulta, para saber lo que se produce una vez que se ha sometido a esa exhibición, durante ese plazo, con esos elementos, en esa postura. Pero ese revelado no solo requiere de un tiempo específico para dejarnos ver lo que se produjo y aconteció, demanda también la ejecución y sincronía de ciertos movimientos que devengan en una posición especial. Revelado que puede asombrar, inquietar, desafiar cualquier idea elaborada con anterioridad.

Sentidos y códigos que son elaborados a partir y solo a partir del lugar y tiempo que se ocupan; dentro y fuera del aparador que determinará el modo en que se satisface el deleite, posición existente que establecerá un nivel de implicación y semejanza. Tanto la acción de nombrar como el tiempo de exposición influirán y determinarán la implicación, como expone Enríquez (2000) “el tiempo es un elemento esencial de la implicación...” ejemplo de esto lo podemos ubicar en el decir de Saint Exupéry, “Lo que hace más importante a tu rosa, es el tiempo que tú has perdido con ella” o cuando en la película de Monsters Inc. Mike Kuasaski le dice a Sully “Si la nombras te encariñas de ella”.

Buffet de signos: Sobre proximidad, pertenencia y separación

“pero también aquí nos encontramos a amigos y amigas que son de otras escuelas y que ya conocemos de antes”

Posibilidad de rozarse, de encontrarse con aquellos con quienes no se tiene posibilidad de estar en contacto cotidianamente. Compartir el mismo tiempo y en el mismo espacio resulta una condición del “estar junto”, del “convivir”. Sin embargo, no se trata de una fundición de existencias, pues como señala Barthes “al poner juntos dos ritmos diferentes se crean profundas perturbaciones”. Se trata de una puesta en escena donde confluyen estas adolescencias, que buscan entrar en contacto para reconocerse, pero también para rehacerse tomando del buffet de signos que ofrece el centro comercial aquello que sirve para construir la autoimagen que desean, tal como lo expone Brummet (citado en Cornejo, 2006). Escenario que es creado para asumir el papel protagónico pero que también permite cambiar de disfraces, moverse de rol, modificar el atuendo para recorrer otros lenguajes, otras perspectivas.

Confluir en el centro comercial los viernes remite a una proximidad que habla de aquello que está cerca, pero que no precisa de qué se trata,

únicamente insinúa, advierte su presencia sin importar describirlo, pues quien toma el protagonismo es el espacio, aquello que se encuentra inmediatamente después y que puede ser tanto lugar como tiempo. Distancia que sirve para ubicarse en diferentes ángulos, para darse cuenta de aquello que se quisiera ser pero que aún no se es. Proximidad que está construida del espacio donde varias existencias confluyen, se encuentran, se observan.

“platicamos de niños, pero depende del tema que salga, de lo que hacemos el fin de semana, vamos nos tomamos un café, vamos al cine, en realidad depende del tema”

Inmediatez que sirve de escenario a un desfile de máscaras, que hace lugar a lo que se pretende cercano, allegado, afín, pero que al mismo tiempo alberga lo otro, diferente, distinto; que engaña suponiendo que se está dentro de un territorio donde se aprecia el espectáculo. Escenario que envuelve, integra, en el que se puede espiar, tocar sin ser visto, sin ser marginado por ello; donde se obtiene el placer de tener acceso, de ser visto, de ver. Lugar que se presenta disponible para el disfrute y la diversión. Ficción de tener, de ser, de estar, que no es más que una ilusión, espejismo que lleno de vitalidad conecta con lo externo, que hace parecer parte de él, como si se tratara de algo que es real.

“venimos porque es el único lugar, igual esta el Triangulo, pero aquí en Ángel encuentras a todos y ya se convirtió en el lugar de encuentro por antigüedad”

“esta plaza es lo conocido, y a los chavos les gusta ir a la plaza”

En esa proximidad los adolescentes buscan, necesitan, como expone Quarry (citado en Cornejo, 2006) el “sentido único de lugar”, lo que reafirma la identidad, le otorga familiaridad a la estancia, la hace conocida, la presenta como algo que es manejable, que facilita el andar, que alarga la permanencia en el sitio. Le da estabilidad al encuentro, estructura el tiempo, no demanda un comportamiento diferente ni requiere de establecer contacto con lo incierto, lo desconocido, lo nuevo, quizá por eso aparece como un lugar

favorito, recurrente, “por tradición”, tan familiar. Tan semejante al estilo de vida, a lo que se admira, aspira, pretende, esta proximidad a la vez conecta con la parte individual y hace saber que vivir la propia vida exige distanciarse del otro, lo cual llega a provocar cierta soledad que en muchas ocasiones no se está dispuesto a aceptar y pagar.

“todas echamos desmadre, hace mucho que nos conocemos, los grupos que aquí se juntan es porque en la escuela también se juntan, hay gente que conocemos y que vemos aquí pero que no le hablamos porque en la escuela tampoco le hablamos”

La proximidad se encuentra con la marca del límite que impone el cuerpo, límite que recuerda aquello que no me está permitido hacer, lo no logrado, lo no adquirido, lo no poseído, lo que no soy. Paradoja de la proximidad en la cual tanto extrañeza como alejamiento se revelan. Pertenencia como necesidad de representación de sí y como extensión de lo que se cree propio. Asimilación a la cual se recurre para pertenecer, para adherir a unos y renunciar a otros. Complicación, conflicto cuando se descubre el derecho al distanciamiento, a quedar en silencio, a pasar desapercibido, a ser visto como un desconocido, a refugiarse en la ambigüedad, a permanecer indiferentes y encerrados en la prisión identitaria con el fin de evitar y deslindarse de la categorización, aquella que al tiempo que nos incluye también nos excluye, nos aleja, nos separa, nos confronta. Porque cuando eso externo se nos acerca y se coloca próximo, aparece nuestro límite, nuestra finitud, ese “entre” nos la recuerda.

Juzgar al otro supone que, ya no lo queremos como es, comunica que lo queremos igual a nosotros, conduce a marcarlo por una sola condición perceptible la cual “esconde su vida” pero que termina exhibiéndola como en una feria de curiosidades donde uno se empeña en comprender, completar y reinventar a partir de impresiones fragmentarias, extraídas de signos externos como: el tipo de peinado, la forma de vestir, los rasgos físicos, el lenguaje usado, los gestos indeterminados, el lugar donde se estudia, las marcas que se prefieren.

Distanciamiento, proximidad que nunca es yuxtaposición, que siempre es próxima pero nunca mía, que posibilita los roles intercambiables, idea de juego en contacto con objetos del deseo que impiden la soledad, el vacío de la existencia monótona. Distanciamiento, proximidad que se difracta en todos los sentidos y aparece como un aliciente, como un itinerario de significados bifurcados y posibles.

Proximidad que se manifiesta como deuda, deuda que se adquiere cuando el otro en su condición de existir, de coincidir en el mismo espacio y tiempo facilita la producción de deseos, ilusiones; con su existencia confirma nuestro modo de ser, de pensar, de sentir, inspira en imágenes no imaginadas anteriormente. Deuda que quizá deberá ser pagada correspondiendo con la propia existencia, con estar ahí para el otro. No obstante, al mismo tiempo que esa proximidad posibilita también se convierte en productora de incomodidad, malestar, perturbación, separación; resultado inminente que se origina ante el choque de cuerpos, cuando la manifestación de los límites solo se contenta al verse en la figura de un encontronazo, de una pelea, de miradas amenazantes, de expresiones y palabras cargadas de rechazo y violencia.

Para Sloterdijk el rasgo distintivo de la globalidad es esa situación de proximidad forzosa, que aparece como un elemento “denso” que a través de la presión hace que coexista un número indefinido de partículas. Esta burbuja densa donde se aglutinan los individuos suele convertirse en un palacio de cristal privilegiado que separa y protege a sus miembros de las amenazas del mundo exterior, desde ahí sus habitantes podrán acceder a distintos tipos de productos sin tener que abandonar su esfera de privilegio.

Disociación, disolución, alteración

“son muy elitistas, racistas, muy poblanas y selectivas, solo se hablan con las que son de su colegio”

“entre el grupo había unas darketas, hay mucha variedad en la gente que viene a la plaza, pero en general es gente que se viste bien”

“hay una clasificación de las chicas: están las zorras, las simpáticas y buena onda, las sangronas, las tontas; pero en la clasificación que los chavos usan entre ellos está, por ejemplo, el grupo de los ricos”

“obvio, están los populares, los que son tetos, que es una palabra medio grosera pero significa que son tontos, los guapos, los feos, hay diferentes clasificaciones, por ejemplo si viene un teto a Ángel pues todo mundo lo barre, y si viene uno popular pues se le nota en la cara, a uno teto se le nota, si tiene lentes, si tiene barros, en la forma en como camina, en su forma de vestir”

“son sangrones, pero depende también de con quien vengan, algo que hacen los chavos de Angelópolis es que te barren, típico, que a los del americano te barren, te ven feo”.

¿Será que habitar con otros, con-vivir con ellos es al mismo tiempo entablar una relación que a la vez que nos produce seguridad, comodidad, bienestar también nos enfrenta al conflicto, al choque, a la alteración, al desencuentro, a la incomodidad? Tal como lo expondría Hesse “Cuando en estas hojas desprecio a veces y hasta ridiculizo a los hombres, ¿no crea por eso nadie que les achaco la culpa, que los acuso, que quisiera hacer responsables a otros de mi propia miseria!...” (1999:290)

Relacionarse con otros siguiendo a Nancy es siempre afección, presión ¿pero, por qué es de esta forma? porque en medio de esos cruces, roces, miradas, contactos, interacciones está ese intervalo, ese “entre”, que se traduce en una distancia donde se pone en juego un conjunto de expectativas sobre lo que podría pasar, y porque en ese relacionarse nuestras creencias se alteran, y nuestra existencia se desnuda quedando al descubierto los temores, las inseguridades, las ignorancias, las incomodidades. Encuentros que son medidos en términos de propiedad, de cuánto puede controlarse, medirse, juzgarse, objetivarse, calcularse; instantes, minutos que podrían simplemente ser, compartirse. Relaciones que no dejamos de enjuiciar, de intentar que respondan a parámetros e intenciones determinadas previamente por nosotros.

Incomodidad por el tiempo en que se mira, en el que se está, en el que se vive y se entablan las relaciones (Sennett, 2006), Tensión como expone Sennett que es producto de un mirar corto que se estanca, se estaciona y donde fácilmente pueden quedar atrapados los sujetos. Derrida en una entrevista ofrecida poco antes de morir, señala que cada vez que le decimos al otro “te voy a enseñar a vivir”, se le está diciendo “voy a formarte, incluso voy a enderezarte” (Derrida, 2006: 21) se le hace saber que la forma en que lo está haciendo no está bien. Esta necesidad de los adultos de enderezar al otro da cuenta del nivel de presión y prisión en la que se encuentra la relación que han establecido muchos adultos con muchos jóvenes. Relación que siguiendo a Derrida se cuestiona, pues “aprender a vivir es madurar, y también educar: enseñar al otro, y sobre todo a uno mismo” (Derrida, 2006. 21)

Encuentro entre diferentes donde cada componente tiene que quedar claramente separado, identificado, particularizado, expuesto en su especificidad. Disociación que requiere y demanda la descomposición, la exigencia de un cambio, de un ataque, de una violencia para que aparezcan y se develen todas las partes involucradas, separadas, descomprimidas, aisladas desmenuzadas. Acción que devela, que altera, que se encarga de establecer separaciones, marcaciones individuales.

Separación que en el camino de particularizarse se descompone, deja de funcionar, se estropea, se malogra. Alteración que produce rompimientos internos y externos, que sacude la lógica de orden interno, que vislumbra una fractura que duele, que genera sufrimiento, desacomodo. Al decir de Hesse “El arreglo superficial al que estaba expuesto, en el que se manejaba con total naturalidad entorpece la existencia, esa “buena disposición” lo saca de balance, la confronta con un opuesto insostenible, que siempre ha sido distinto, pero que necesita para despojarse de ese absurdo con el que ha vivido, que ha interiorizado pensando que todo tenía que ser arreglado, ordenado, organizado, perfecto”. “Al propio tiempo estaba pensando: lo mismo que yo ahora me visto y salgo a la calle, voy a visitar al profesor y

cambio con él galanterías, todo ello realmente sin querer, así hacen, viven y actúan un día y otro, a todas horas, la mayor parte de los hombres; a la fuerza y, en realidad, sin quererlo, hacen visitas, sostienen una conversación, están horas enteras sentados en sus negociados y oficinas, todo a la fuerza, mecánicamente, sin apetecerlo...” (Hesse, 1977:289)

Porque se trastorna no solo el pensamiento, sino también la emoción, el cuerpo, se descompone la imagen; desaparece el arreglo, la armonía. Trastorno entre lo previsto, lo planeado, lo acordado; pérdida del control que turba, que profana la seguridad y la tranquilidad alcanzada gracias a la condición de ser uno más en medio de otros tantos adolescentes que asisten y frecuentan el centro comercial. Perturbación propia que enfada, que a través de palabras y ademanes pone de manifiesto la irritación, la alteración.

Pero en este “estar junto con” también se corre el riesgo de una mezcla, en medio de esos encuentros las existencias se van juntando al grado que a primera vista pareciera una sola, cuyos estados diferentes de ser van uniéndose e incorporándose, es decir como si se tratara de una unión sin perturbación donde las partículas de ambas existencias quedan imperceptibles en su individualidad. Incorporación que es capaz de fundirse sin importar las diferentes composiciones, lo que termina por remarcar el riesgo de quedar íntimamente unido a esa amalgama de existencias y pasar desapercibido en su diferencia. Paradoja de la disolución que al mismo tiempo que integra también separa, anula, deshace y divide, pero para ello, antes que nada, requiere de ese estado de unión, asociación, contrato, presencia, suspensión.

Intercambio de comunes donde sucede el reconocimiento, no igual pero semejante. Lo que existe, dice Nancy (200:45) “sea lo que sea, porque existe co-existe. La co-implicación del existir es la participación de un mundo” y en este sentido, Sloterdijk advierte que dado el incremento colectivo de migrantes se está provocando que éstos vayan adquiriendo mayor poder e influencia en la construcción de la sociedad al introducir sus costumbres, su religión, modificando el panorama cultural del país.

Aún cuando siempre hay margen suficiente para desplazar a un rechazado un poco más allá del margen que ocupa, lo que aquí se vislumbra es un corrimiento entre fronteras, entre centro y margen, un desplazamiento que se puede pensar entre margen y margen, de alguien que trata de alejarse, que va de un centro hacia más al centro y donde otros también trataran de acercarse para sentirse más contenidos. Si se acepta este desplazamiento, entonces será fácil reconocer que en medio de esos avances, de esas transiciones hacia círculos más al centro hay alguien o algo comerciando el desplazamiento, alguien que con frecuencia utilizará esta negociación para beneficiarse y reacomodarse más hacia ese lugar del centro donde queda protegido de la exposición, donde de alguna forma garantiza su afiliación.

Inconfesión

“por favor no le digas a nadie lo que te estamos contando” y me preguntan de nuevo: ¿para qué es esto?”

“si se enteran sus papás las van a regañar, mientras unas se deciden, un par de chicas del grupo se separan para ir en dirección del sitio donde se va a realizar la pelea, la explanada se va quedando vacía; los chavos y las chavas van cruzando el estacionamiento, me dicen que desde el lugar en el que estamos se pueden ver las peleas, que ellas prefieren no acercarse para no involucrarse, me cuentan que el otro día un niño después de la pelea vomitó, “¡fue horrible!”; no ha transcurrido más de un minuto cuando finalmente deciden que quieren estar cerca de donde se hace la pelea, atravesamos el estacionamiento, ya hay un grupo como de 25 chavos por fuera de la plaza y patrullas en moto que se dirigen hacia el lugar, mientras caminamos una de las chavas dice: “a mi no me gusta estar cerca de estas peleas porque es peligroso, ¡te puede atropellar un auto y que oso que te vean que te atropella un auto!”; a otra de ellas le preocupa que sus papás la puedan ver, y comenta “ después de esto mis papás ya no van a confiar en mí, mejor me voy” una de sus amigas intenta tranquilizarla diciéndole: “no estás afuera, malo si te hubieras salido completamente de la plaza”, pero ella le responde “estoy en el estacionamiento, mis papás me han dicho que no puedo salir de la plaza”.

Cuando uno está por develar un secreto o realizar una confesión ¿qué se está dispuesto a perder? ¿Por qué o en qué condiciones se hace este sacrificio?

¿Qué se arriesga o preserva? Y si entramos en una situación de inconfesión ¿qué es lo que resulta tan vergonzoso o deshonesto? ¿Ante qué cosas o situaciones nos sentimos en necesidad de conservarnos en el anonimato, de proteger nuestra vergüenza?

Y es que cuando aparece la posibilidad de encontrarse consigo mismo y establecer un diálogo que conduce hacia la pregunta ¿qué me estructura? ¿Cuáles son mis principios, creencias, motivaciones? se desencadena una intensa sensación de desacomodo, de vergüenza, una resistencia, un sentimiento de estar solos que retumba en el brillo de la existencia llegando hasta la culpa, la duda, la inseguridad. Sucede un choque que produce un eco permanente incitando a declinar ser uno mismo. La presencia de ese secreto, de esa vergüenza o culpa impacta en la vida, pero al mismo tiempo que la pone en suspensión también la activa, la acelera.

Falta, ausencia, culpa, bochorno, que posiblemente se trate de un reclamo, un reclamo quizá hacia uno mismo por caer en falta, por desviarse, por errar el camino y caer en la tentación, por dejarse seducir por intereses mezquinos encaminados a poseer un aparente conocimiento de la realidad. En su libro *La elegancia del erizo* Barbery lo expresa bajo la figura de Paloma “La vida tiene un sentido que los adultos conocen, es la mentira universal que todos creen por obligación. Es como si quisieran engañar a los de al lado con la supuesta libertad de chequear el contenido del cofre interior de los secretos, como si se tuviera el derecho de hacerlo en la perfecta soledad, sin ningún testigo. Y entonces te la pasas malgastando tu energía, buscando y haciendo creer que esto es así, cuando en realidad es una ilusión, no obstante cuando decides desertar, soltar el control, la apariencia es demasiado tarde, la vida, la intimidad te ha pasado delante, te has quedado seco, frígido, entumecido”

Aún cuando parece que este revelar el secreto deviene en descanso y quizá complacencia lo cierto es que genera incertidumbre, sensación de no saber quién se es ni cómo se es visto. De hacerlo lo que se pondría de manifiesto es lo solos que estamos, lo aislados que nos encontramos. Si únicamente en esta relación de aislamiento, de mentiras o de hipocresías, se pudiera

confirmar la verdad de lo que somos entonces se viviría en una simulación permanente, no habría posibilidad para el acontecimiento, para la sorpresa, para lo inesperado, todo nuestros movimientos estarían calculados, todas las palabras premeditadas, todos los gestos cuidados y nuestras ideas resguardadas. El cuidado de lo que somos, pensamos, sentimos sería excesivo, habría que proteger a toda costa que nuestra esencia no fuera revelada ni reconocida por nadie.

Pero para Pardo (2004) no existe esa esencia verdadera, no hay una mentira sobre la originalidad y autenticidad de lo que somos, para él somos un dos, un desborde, un pliegue, un desdoblamiento. Es en el eco que nos escuchamos, que reconocemos nuestra voz, es en un espejo que conocemos y nos encontramos con nuestro cuerpo, es a través de la sombra que identifico mi silueta. Es en relación con otros que vamos tomando conciencia de aquello que no es agradable, que no es bien visto, que no es valorado, es la mirada del otro la que me indica si me quieren o no, si soy del grupo, si lo que hago es bien visto:

“...se pone bueno porque sientes la emoción, y te pones de nervios, así que mejor entras por la entrada de Palacio, o sea porque que oso que todos te vean llegar, pues te da nervios”

Pero, ¿Qué es lo que está prohibido? ¿Qué de lo que somos puede ser tan terrible para esconderlo, para no ser mostrado? ¿Qué me resulta grotesco que evito que los demás lo conozcan? Y si como Frankenstein o el Jorobado de Notre Dame, los demás lo supieran, pudieran ver en mi lo que soy auténticamente, ¿No podrían por repugnancia, asco, acercarse a mi, relacionarse conmigo? “Cuanto mejor sería si compartiéramos unos con otros nuestra inseguridad, si todos juntos nos adentráramos en nosotros mismos para decirnos que las judías verdes y la vitamina C, si bien alimentan al animal que somos, no salvan la vida ni sustentan el alma” (Barbery, 2008:82)

Inconfesión que supone la ausencia de una aceptación, la aceptación tanto de la vida como de la existencia. Rechazo a uno mismo por temor, por darle

paso a una excusa, el pretexto de no mostrarnos tal cual somos, con nuestras imperfecciones, con las limitaciones, con el fin de no quedarnos solos. Será acaso como indica Pardo (2004) que “los demás son quienes nos prohíben mostrarnos ante ellos tal y como somos...” pero y que será tan grave, tan monstruoso que no podemos mostrarlo a los demás, que nos hace retroceder y escapar a la mirada de otros, al regalo de su existencia.

Quizá, como expone Handke se trate simplemente de “acepto tu existencia (acepto tu regalo), ese que me das sin pedir a cambio el sacrificio de mi intimidad”, quizá, tal vez, se pueda estar abierto a esa recepción, a ese presente. La intimidad entonces, aparece como un presente, simplemente se nos regala, se nos presenta, pero al mismo tiempo que está ahí como un presente también subyace en su existencia aquello que se desprende diariamente de nosotros, esa vida que no podemos retener, que no nos pertenece, que termina por inclinarnos hacia un control por poseerla, por dominarla, por dosificarla, por mantener eso que me indica que me estoy muriendo, que soy finitud “...¿Es esto el movimiento del mundo? ¿Un ínfimo desfase que arruina para siempre la posibilidad de la perfección? [...] ¿Por qué duele tanto cuando el movimiento no está sincronizado? No es muy difícil adivinarlo: todas estas cosas que pasan, que fallamos por poco y malogramos ya para siempre, eternamente...Todas estas palabras que deberíamos haber dicho, estos gestos que deberíamos haber hecho, estos kairós fulgurantes que surgieron un día, que no supimos aprovechar y se sumieron para siempre en la nada...” (Barbery, 2008:112) Es en ese desdoblamiento de lo que soy que puedo ver mi sombra y transitar el camino hacia mi mismo, hacia mi ser conmigo.

Pero para que suceda ese retraso, ese aplazamiento necesito un presente, un hoy, un ahora donde siento la vida y tomo conciencia de aquello que me acerca a la muerte, al sufrimiento, a la molestia; a la incomodidad que se produce en ese ambiente donde estoy inmersa, ese alrededor donde comienzo por desvivirme por alguien, por algo; y es esa suspensión de mi misma para volcarme en Otro lo que me hace desistir de la muerte, evitarla. Ese interesarse en alguien o en algo es lo que me hace sentir que la vida se

me va, que nunca me alcanza lo que tengo, que carezco de tiempo y de recursos para hacer que se quede conmigo, para contenerla, manipularla o mutilarla, para que se acomode a mi esquema, idea, concepción, para que pueda aislarla de la corriente, transformarla en propiedad privada, asfixiarla, someterla para capturarla; quizá hasta recortarla para poder conservarla, como si se tratara del lecho de Procusto donde cualquier visitante necesita ajustarse a un tamaño o medida única, homogénea a costa de evidentes e inadmisibles torturas.

¿Y que tiene que ver todo esto con ese “estar juntos” vivido por los adolescentes de ese centro comercial, conmigo misma? pues tiene todo que ver en la medida que ser con otros” “con- vivir” está cruzado por ese sentir la vida, por dejarse vivir en ella, darse por vencido, convertirla en sensibilidad, en sentido, devolverle a la vida la vida. Es cuando cobramos conciencia de este espacio de vida que acontece el desdoblamiento, cuando se hace evidente el intervalo entre yo y el otro, cuando escuchar nuestra voz, ver nuestra sombra nos cuesta trabajo, en ese momento sucede la vida, pero esa vida que adquiere unidad, densidad, que se repite y repica, que resuena y replica.

Conciencia de la existencia con otros, que no es más que ese instante donde miro, toco, escucho a mi propio cuerpo, cuando estando en dos lugares a la vez, en mi mirada, en mi tacto, en mi oído también estoy en lo mirado, lo tocado, lo escuchado.

Enfrentamiento –Conflicto

“también se organizan peleas allá afuera, porque los polis se los llevan, y entonces se pone bueno”.

“Por ejemplo cuando hay peleas hay niños que le dicen a su amigos, no pues tal niño me quiere golpear, ¿ayúdame no? hazme el paro, y pues ellos ya se ayudan.

“Ahh, pues es que se tienen ganas, se dicen no pues le voy a echar bronca a tal chavo, mal, este viernes va a ver una, pero no son tan fuertes”.

“por tonterías, porque el otro niño les cae mal o ya le tienen ganas, luego es porque están enojados en la semana y se vienen a desquitarse acá, a veces las peleas se planean, los chavos dicen: el viernes a las 3 y va todo el mundo a verlas. Las peleas generalmente son entre niños, las niñas no se pelean, o no sabemos de ellas”.

Enfrentamiento, conflicto venido de una provocación, misma que se desencadena cuando sigilosa y clandestina surge la duda sobre lo que soy, lo que reflejo, lo que contengo; duda que aparece en medio de esa comparación con otras existencias, que conduce hasta ese camino de desventura donde tomo conciencia de que soy lo que soy gracias al otro, Otro que se me presenta como contradicción; otro que forzosamente me aplaza; intermitencia, suspenso que abarca la totalidad de una escena plagada de oposición en la cual los individuos se ubican uno frente al otro.

Duda que indefectiblemente tiene que ser encarada; áspera, problemática, tensa relación que escapa a cualquier identificación y control, ante cualquier manipulación, que se presenta adversa y nos muestra una presencia al tope donde terminamos por estrellarnos con aquello que se nos impone y con aquello que nos detiene. Se trata entonces de una contienda entre el límite y su pliegue, su frontera, el afuera del límite; batalla que se libra buscando zafarse de ese espacio de etiquetamiento impuesto, medido, tatuado donde uno ha quedado cercado, donde se es asediado.

El enfrentamiento-conflicto que se hace presente entre estos adolescentes de Angelópolis nos conduce hacia una madeja de reflexiones, una de ellas nos habla de ese choque entre armaduras donde lo que queda expuesto es lo que no se es, lo que está por venir, lo que invita a desdecirnos. Otra reflexión nos traslada hacia el rehacer, rehacer el pensamiento pues como expone Nancy (2006) hay que sacarlo de esa tosquedad y pureza que caracteriza los pensamientos discriminadores, excluyentes para entonces rociarlo de esa mezcla de razas, pieles, pistas, recorridos, redes distintas, que tal vez, nos hablen de algo frágil, finito, volátil.

El centro comercial aparece entonces como ese escenario donde estas “identidades” juveniles se encuentran cara a cara para luchar, para quedar primeras, para sobreponerse a la diferencia. Y es así como la existencia de los otros se torna irremediabilmente necesaria, indispensable, constitutiva. Es la experiencia de enfrentamiento la que viene a comunicar que el conflicto, la confrontación, la lucha, la comparación, el desacuerdo, el desencuentro, la perturbación, la hostilidad, la oposición son parte de los cimientos del estar-juntos, del ser-con.

Siguiendo a Rancière aquellos que no tienen derecho a ser contados como seres parlantes “se instituyen como una comunidad por el hecho de poner en común la distorsión, que no es otra cosa que el enfrentamiento mismo, la contradicción de dos mundos alojados en uno solo: el mundo en que son y aquel en que no son, el mundo donde hay algo entre ellos y quienes no los conocen como seres parlantes y contabilizables y el mundo donde no hay nada” (Rancière, 1996: 42)

De esta forma, el enfrentamiento, la oposición surge cuando el cara a cara con lo extraño se suscita, es ahí donde sucumbe y acontece la sensación de malestar. Pero, ¿acaso será esa desazón la que en su condición de semilla va generando un conflicto? ¿O se trata quizá de ese asombro que se provoca cuando aquello que ofrezco, digo, hago, interpreto, señalo es visto desde otro ángulo, desde otra postura y se recibe de forma tan opuesta a la que quiero comunicar? ¿O acontecerá cuando de un contacto imprevisto, insospechado florecen pensamientos nuevos, empapados de otredad y entonces surge esa sensación de que somos carentes, no inquietamos porque nos reconocemos ignorantes, nos damos cuenta de ese algo que no se sabe qué es pero que genera hambre, sed y pide más.

De ahí se desprende la necesidad de renovar el contacto, de volver a la escena, de repetir el encuentro, sin embargo esa misma necesidad devendrá en frustración, desencanto, hastío dado que el encuentro no podrá ser restaurado y restablecido tal cual como fue vivido, no se podrá restaurar sin que haya alteraciones, ni se podrá garantizar que aquella sorpresa inicial se

repetiré de nuevo, ni que lograremos ser seducidos, encantados como en ese primer contacto, pues el acontecimiento es incontrolable y sorpresivo. Es probable que a pesar de intentar muchas cosas para repetir ese momento pletórico no pase nada, no acontezca nada esencial.

Es la búsqueda incesante por poseer, por preservar lo impreservable nos vamos alejando de la verdadera existencia y nos colocamos más cerca de una idea de humanidad que puede clasificarse únicamente a partir de su racionalidad o su naturaleza social. No obstante, aceptar esa indivisibilidad del ser nos hace entender el mundo en el que somos, en el que existimos, en el que estamos abierta e indefectiblemente expuestos a los efectos de lo que hagan esos otros con quienes nos asociamos cotidianamente. Y entonces, si estamos a expensas de lo que hagan esos próximos, es comprensible que cuando me reciben, me despiden, me salen al paso, me inician en el mundo, me ignoran, me consuelan, me rechazan, me evaden estoy a su disposición, a expensas de sus impulsos, de sus iniciativas, tales como el que vengan a mi encuentro y me desconcierten, me desconcentre, me desconozca, me olvide, me niegue, me amenace, me ofrezca. Estos encuentros, estas proximidades suponen una acción, es en una relación que se producen, es únicamente ante ellos y con ellos que acontecen, que me afecto.

Afección, que en palabras de Skliar deviene en conflicto porque el otro en nuestro cuerpo, en nuestra idea, resulta demasiado extraño, “[...] demasiado semejante y próximo como para poderlo combatir explícitamente; y demasiado diferente y huidizo como para poderlo integrar. No es ni lo uno ni lo otro; no pertenece del todo ni a nosotros, ni a ellos: porque es justamente la entidad que rompe la lógica binaria, el enfrentamiento y el choque ‘a dos’ al que la Modernidad nos ha habituado...” (Skliar, 2007). Combate, choque, lucha que nos devela un espacio, un lugar, un en medio, que va más allá de la dualidad.

Hablamos entonces de un conflicto por que hay oposición, enfrentamiento que se origina cuando la espera se olvida; cuando la mirada obstruye; cuando el límite se impone; cuando el silencio se profana; cuando se

enmudece la palabra. Ocurre cuando hay demasiada presencia de uno mismo; cuando se somete la sensibilidad; cuando se sacrifica el misterio; cuando se invisibiliza la pasión, cuando se invade la intimidad; cuando hay hartazgo de certezas; cuando quien se convierte en deudor demanda, exige que el otro acepte y reciba. Conflicto porque en ese ser-juntos cualquier intento de permanencia, estabilidad o conservación definitiva es imposible, porque en esa proximidad no queda espacio y lugar para la diferencia, condición necesaria para el intercambio, para entrar en relación.

La comunidad entonces viene a ser o tiene que ver con esa capacidad para recibir, para acoger, contener, incluir en su seno aquello diferente, que le es extraño, que trasciende toda consideración, que se extiende más allá de los límites establecidos previamente. Tiene que ver con exponerse al límite y cuestionar aquella idea de poner fuera de peligro a la estructura compacta que contiene una identidad bien definida y enmarcada.

Definición y enmarcado que como señala Cornu responde a que somos bastante proclives a fundirnos en lo común de dos maneras: la que consiste en ser como los otros (amplificada en la adolescencia), vistiéndonos igual, hablando igual, creyendo ser los únicos en utilizar determinado color o determinada palabra cuando en realidad todo el mundo usa y sirve para atraparnos en la red comercial; o la manera ostentatoria de hacer visible un grupo de afiliación, exhibiendo nuestra pertenencia y excluyendo a otros.

De acuerdo a Cornu (2008) es lo común lo que instaura la pregunta sobre el modo de relación con otros, es a partir de querer saber ¿qué hay en común entre ellos y nosotros? que nos trasladamos hacia un sentido de lo común como eso que no está entre nosotros, que lo buscamos en medio del régimen de lo propio, de lo mismo, de lo claramente identificable, de lo clasificable, de lo fijo, lo natural, lo conocido, y es justo en ese instante de búsqueda que convertimos lo común en lo mismo, lo traducimos a cuestiones ligadas a la pertenencia, los gustos, las afinidades y sin embargo más que hurgar para encontrar la mismidad podríamos aspirar a mostrar lo que nos es común, por ejemplo, el tiempo y el espacio que compartimos, los objetos que

conocemos, las experiencias que compartimos. Cohabitar en este mundo nos expone a un sinfín de experiencias en común que a veces transcurren sin que nos demos cuenta de que son experiencias compartidas de las cuales no podremos salir inmunes; trayectos donde nos enfrentaremos, nos harán entrar en conflicto pero facilitaran la construcción de experiencia en común.

Inversión

“las plazas se han convertido en el lugar preferido de los chavos de Puebla y de otros estados, porque el centro comercial es un lugar intermedio, donde nos sentimos libres, nos desestresamos, nos encontramos, no sabría decirte si se necesita construir parques porque seguramente los hay pero los chavos no van, nosotras venimos y hacemos esto porque esto es lo que hemos aprendido, es lo que conocemos, es lo que tenemos, es lo que hemos vivido, no podría decirte algo que quiero porque no lo conozco”

“ya no vengo, es aburrido, la verdad hay mejores cosas que hacer que perder el tiempo”

“hay veces que los chavos que se van a pelear te piden que les ayudes, por ejemplo si vez que le están pegando muchos a uno pues te vas a meter, o también cuando están las peleas se acercan chavos a preguntar quien se está peleando, entonces pues ya empiezas a platicar”

¿Qué sería necesario alterar, invertir? Podríamos decir que se trata de una inversión que toque de cerca el prejuicio, la creencia, la manera de aprender, de comunicar, de mirar, de vivir. Habitar en comunidad demanda reconocer que tenemos que vérnosla con una jerarquía violenta que se impone, se encumbra, que se presenta como un dispositivo homogéneo que va fijando las desigualdades impuestas por un juicio inverso. Se trata entonces de acercarse al mundo con otro espíritu, con otro pensamiento, otra creencia.

Inversión, buscar el revés, ubicar lo reversible en los supuestos, cambiar de lugar los opuestos, buscarles el lado que ha quedado invisibilizado, develar su potencia, su posibilidad. Abrir el pliegue, variar su polaridad, transformar el orden natural; crear espacio “entre” para que el vacío, el silencio y el

pensamiento se dejen llevar y aprovecho la belleza creada por Ryokan “libre de ataduras, como una bruma arrastrada por el aire me dejo llevar hasta donde me quiera llevar el viento”.

Pensar los encuentros entre estos adolescentes como un espacio potencial, es abrirlo a las posibilidades de los usos que podría tener como cualquier objeto de la cultura; es exponerlo a la sublimación de la metáfora, esa que produce sentidos y nuevas subjetividades. Es revertir sentidos para dar paso a una bienvenida que acoge un orden distinto, un orden donde los propios adolescentes son los diseñadores de las reglas, los gestores de las peleas, los que determinan quiénes pueden participar en los ritos de seducción, los que inventan clasificaciones y eligen los medios y dinámicas para establecer la comunicación. ¿Pero y acaso esto sucede porque hay una inversión? ¿Qué es lo que se invierte? Podríamos decir que esta alteración se aprecia en la inversión de la figura de autoridad, hay un corrimiento en la figura del adulto que da paso a un posicionamiento más activo de los adolescentes, son ellos quienes en este territorio social se asumen como portadores y poseedores de la elección, del espacio, del tiempo, de la acción.

Esta inversión podría verse reflejada en la idea de seguridad, la cual para estos chicos esta vinculada al mismo centro comercial, colocado como un lugar donde se está seguro, donde su característica de cerrado, vigilado y conocido ayuda en caso de que se suscite algún acontecimiento desagradable o poco seguro. La comodidad que ofrece esta vigilancia o monitoreo es de alguna forma lo que les permite a estos adolescentes entregarse a sus propias dinámicas e intereses.

¿Y que nos propone esta inversión en el análisis del estar con otros, de coexistir? Quizá se trate de cambios entre sí, volcadura de sentidos que da lugar a significaciones para “atreverse a pensar” para animarse a servirse del entendimiento, observar, decir lo que se observa, se comprende, manifestarlo, ponerlo en palabras, es pensar, por decirlo de algún modo en común, en público. Lo que nos es común y nos hace capaces de un mundo en común dice Cornu, es la común actividad de poner en común lo que se

puede comprender y el reconocimiento en acto de esta común actividad en la palabra.

Podríamos decir que vivimos en un mundo de inmediatez, de consumismo, anonimato, soledad compartida, de uniformidad y de comunicación masiva, eso quizá sería hablar de un lugar común, ¿pero realmente nos es común? Los chavos de hoy, según se dice en los diferentes medios de comunicación navegan entre el Internet, el celular, el centro comercial y la televisión. Se dice que necesitan la oportunidad para ser los protagonistas, reclaman oportunidades para manifestar sus aspiraciones, exigen situaciones que vibren con su energía, sus tiempos, sus deseos. Piden a gritos un espacio propio para reunirse e intercambiar, buscan pasarla bien, divertirse; son irreverentes, odian la solemnidad y la redundancia, sufren de mucha soledad confusión y quieren ser encontrados, escuchados. ¿Pero y en esta historia lo mas importante sigue siendo saber si esto es “común” a los adultos, si es un lugar común para “todos” los chavos? ¿Hay algo en común en esto que resulta tan común?

La idea es volver a ver las categorías heredadas que oponen al individuo con la colectividad, que se contraponen a las maneras de hacer lo común y entender que, en ambos casos, es posible hablar de ‘mundo’ como de un sistema invisible que hace visible y comun-icable lo que pasa y lo que nos pasa (Nancy, 2006)

Capítulo IV

“el sujeto, por ejemplo,
Abdica de lo que conoce de sí mismo,
lo irreductible de sí, su fuerza...”

Barthes.

En este capítulo abordaré la noción de comunidad, pero antes me gustaría hacer una precisión: si bien la noción de comunidad ya fue abordada al inicio y a lo largo de este trabajo, en este capítulo lo haré a modo de discusión, poniéndola en diálogo y conversación con la experiencia. La idea es poder confrontar lo que se dice de ella a partir de la experiencia de intercambio vivida con las adolescencias que frecuentan el centro comercial Angelópolis. De esta forma la lectura que se hará de la noción de comunidad estará rozada, intervenida por la experiencia con esas adolescencias y esto obedece a dos motivos básicos: esta tesis es una búsqueda por hacer hablar la experiencia, pero también es una búsqueda para ser encontrado, por proponer una conversación, por abrir un diálogo; Dos: este apartado intenta reanudar lo que ya fue expuesto en el capítulo anterior pero visto desde los principios del estar juntos, abordarlos a partir de esta experiencia de “ser con” y observar en una situación única cómo esos grupos de adolescentes dan cuenta de su estar juntos, cómo se narran a sí mismos.

Entonces, abordaré a modo de discusión la noción de comunidad partiendo de ciertas escenas, a través de las cuales se propone abrir el diálogo. ¿Por qué la elección de ver reflejados los “encuentros” de estas adolescencias reunidas en el centro comercial? ¿Por qué esta curiosidad por conocer los detalles de su modo de “estar juntos”? Tal vez no exista una sola respuesta, pueden ser muchos los argumentos para acercarse a establecer una relación con las adolescencias, no obstante en esta búsqueda he sentido que puedo tomar mi lugar, que desde esta aproximación puedo comenzar un proceso donde quizá vislumbre una separación, una inversión, un desbordamiento, una disolución y una explosión de las generalidades, de los clichés, de las certezas, de las seguridades, de las garantías, de las permanencias, de los

“así es” para comenzar a reventarlos, inflamarlos, expandirlos porque tal cómo están ahora resultan como una cierta enfermedad, sobre todo cuando se habla de adolescencias y juventudes.

En su uso corriente comunidad significa un grupo particular, un grupo de iguales cerrado en sí mismo, en sus hábitos y creencias, una agrupación segregada de individuos que se sienten iguales. Sin embargo, necesitamos interrogarnos si esta idea promueve relaciones entre diferentes, si puede decirse que constituye una apuesta para la constitución de un colectivo que puede aprender y compartir; donde los adultos se deben “a los nuevos” para garantizarles un mundo digno, o si por el contrario se siguen reproduciendo posiciones subalternas, donde se mira a los “recién llegados” en términos de riesgo, carentes, con déficits, como extraños. Nuevamente las respuestas pueden ser múltiples, todo dependerá del lugar desde el cual se responda, no obstante y en vistas de buscar nuevos caminos para relaciones más posibilitantes la apuesta es aspirar a la construcción de un colectivo que de cuenta de la unión entre diferentes, que como un estallido de la diversidad se expanda en el respeto y se inscriba en ese acto de dar y recibir como un servicio, una deuda, lo que en palabras de Esposito (2003) es la “donación recíproca”.

Entiendo que en la crítica a la noción de comunidad, en el fondo de la cuestión lo que está en juego es la forma de entender el “estar juntos”, del “ser con otros”. La noción de co-habitar con otros como una condición inherente a nuestra existencia, implica a nuestro entender, sostener que se asume como indubitable, como una verdad inamovible que requiere ser desmenuzada, implica una reflexión que no es fácil, puesto que al tiempo que habitamos con otros, en medio de otros también necesitamos de un espacio donde podamos evitarlos, tal como lo expresaría Hesse en su famoso Lobo Estepario “En todos estos sacudimientos de mi vida salía al final ganando alguna cosa, eso no podía negarse, algo de espiritualidad, de profundidad, de liberación; pero también algo de soledad, de ser incomprendido, de desaliento” (Hesse, 1977: 281)

Desde el punto de vista de Quinceno (2008) “la comunidad no se funda por lo común, sino por lo no común que hay en ella. Lo no común es lo que queda más allá del ser colectivo, lo no común es la diferencia” (en Frigerio, 2008:174). Esto es correcto dentro del planteo realizado por las filosofías de la diferencia, o para el movimiento donde el desmantelamiento y la deconstrucción se emplean para realizar los abordajes. Este, sin embargo no es el abordaje que se hace desde la teoría social del aprendizaje donde Wenger conceptualiza comunidad como: “una manera de hablar de las configuraciones sociales donde la persecución de nuestras empresas se define como valiosa y nuestra participación es reconocible como competencia” (Wenger, 2001:22)

Mucho de esta cuestión está vigente en los debates que en los últimos tiempos se sostienen sobre la migración, la homosexualidad, “la discapacidad física”, las adolescencias, entre otros muchos abordajes que están a la orden del día en las conversaciones cotidianas y académicas. En este sentido, surge la impresión de que en el fondo de estas relaciones, además de los puntos que se discuten, lo que está en juego es si resulta aceptable o no hablar de “comunidad” como noción posible.

Cuando se pretende argumentar a partir de la homogeneización y generalización de una idea, para emplearla en varios campos, como si fuera la única, se tiende a caer en un engaño, dado que puede resultar difícilmente “verdadero” sostener un argumento desde una posición única, lo que implicaría una clara demostración de que cada vez existen menos lugares donde las ideas puedan arribar libremente, sin condicionamientos, sin hostilidad, sin enjuiciamiento.

Ofrecer un derrotero de significados desprendidos, aunque no inagotables es una tarea imposible, sobre todo cuando se ha pasado demasiado tiempo condicionado por creencias limitantes, estáticas, rígidas que impiden activar una relación con un sentido otro. Se requiere de práctica, de cometer errores, de golpearse y arañarse, de caer y volver a subir para derribar los muros de las limitaciones establecidas, hasta que eventualmente a costa de seguir

insistiendo, de mantenerse cuestionando en una práctica sistemática de desmontar las fijezas, terminan quizá por desmoronarse.

Acercarse a la noción de comunidad nos lleva indefectiblemente hacia un tipo de variaciones sobre el mismo tema, cúmulo de experiencias no asimiladas, no comprendidas, bifurcaciones que como parte de un mismo territorio nos muestran la serie de tonalidades y vibraciones que puede tomar una nota. Exposición, apertura, exhibición, proximidad, separación, pertenencia, disolución, alteración, disociación, inconfesión, conflicto, enfrentamiento, inversión, provocación, son algunas de las pinceladas que sin cubrir el lienzo van dando forma a esta composición.

Para continuar tomaré prestada una interrogante planteada por Duluc “¿Cómo inquietan las dimensiones del territorio donde acontece la experiencia?” (2008:66) y la tomo porque justamente en este registro fue que se originaron las reflexiones acerca de la noción de comunidad, fue a partir de este territorio de la experiencia donde sucedieron tanto los agasajos de ser un extranjero como las dolencias y los desencantos propios de ser un miembro más.

“Tensiones que se hacen presentes a partir de esta relación de intercambio, venidas quizá de la incertidumbre y el desconocimiento, de la inevitable imposibilidad de aclararse y apegarse a lo planeado, diseñado, estructurado, de aceptar que las cosas no funcionaron como se tenía previsto, que las pautas de investigación no se siguieron al pie de la letra y que los supuestos no siempre fueron acertados, ni encontraron su lugar súbitamente como si se tratara de un acto de magia. Intercambios que estuvieron permanentemente cruzados por una práctica donde se ponía a prueba la capacidad de asombrarse y de fluir en un ritmo de códigos y reglas que los adolescentes iban proponiendo e inaugurando”.

“Inquietud, tensión, que deriva en cierta insistencia de preguntas, que intenta averiguar, interpelar ¿alguien, alguna persona adulta que frecuenta el centro comercial se ha interesado por estos adolescentes?, advierto que la pregunta tiene su origen en la obsesión, mi propia obsesión, (pero de eso me doy cuenta mientras escribo) búsqueda de argumentos que confirmen y apoyen ese interés por que otros también se pregunten por estos chicos, sin embargo la respuesta que se me ofrece reiteradamente es que no,

nadie se les acercaba ni les preguntaba por lo que hacían, mi reflexión al respecto fue que había algo del orden de lo normalizador, una mirada que naturaliza el verlos ahí sentados ¿cómo era que nadie se daba cuenta de estos chavos? ¿O si se daban cuenta, qué fue lo que pasó que resultó tan normal verlos ahí cada viernes?, ¿qué sucede cuando nuestras relaciones se van plagando de desinterés, de indiferencia, de invisibilidad? ¿En qué momento esa sensación de terreno conocido se instala permanentemente y evita que aparezca la curiosidad, el asombro, la sorpresa, la pregunta? Quizá todas estas preguntas venían de una necesidad por confirmar que había algo sospechoso en que nadie se preguntara por estos chavos, no obstante, lo que me llamaba la atención era el tipo y catálogo de razonamientos que se construyen y utilizan, para que ocultos en la frase “hay que dejarlos en paz”, se manifiesten el desinterés, la apatía y la indiferencia. Todo lo que no entra en nuestro círculo de interés entonces no es necesario conocerlo, no amerita de nuestro tiempo. Conforme sucedían nuestros encuentros me fui dando cuenta que estas preguntas no tenían la intención de desatar más polémica ni generar más investigaciones, más bien se trataba de preguntas dirigidas hacia mí, a poner en cuestión mis creencias, quizá quería abrirlas para quitarles un poco de firmeza y de paso deseaba que aquello que aún no conocía pudiera develarse, ese descubrimiento de lo desconocido comenzaba a poblarse de una sensación que no era del todo desagradable”.

Lo que es común

¿Será que lo común es lo que funda, lo que legitima, da lugar y pone en razón a la comunidad? ¿Acaso es ese principio externo o interno, tallado y expuesto como norma, límite que deja huella, que marca y que puede ser eso y a la vez algo más?

Al buscar cómo este grupo de adolescentes narra lo que es comunidad, nos hallamos con notas, trazos que vienen siguiendo una pregunta, conjunto de razones siempre fragmentadas en un texto abierto a múltiples interpretaciones; líneas mutables, heterogéneas, temporales que se muestran renuentes a una constelación de instantes insostenibles, localizados al finalizar cada encuentro. “... mi interioridad se mantenía alerta, husmeaba en las honduras, escuchaba con paciencia, observaba con rigor y archivaba [...] hasta el día en que al fin me aflojé y me sorprendieron surgiendo a torrentes.” (Bradbury, 2005).

Las diferentes perspectivas y visiones acerca de la comunidad, se hacen presentes, sin embargo cada una de ellas nos dice algo sobre lo común, a decir de Quinceno “es la lucha por establecer un dominio, un poder, una voluntad sobre otra cosa, llámese otro, otro ser, otro. Es pues, la lucha contra la diferencia, lo desconocido, lo que está por venir, y es la lucha contra lo propio de cada cual, la experiencia de sí mismo” (2008:174) Ante esta afirmación la experiencia con estos adolescentes nos habla de un común que es no común, pues hay vestigios de una fuerza, de una lucha, pero también nos habla de una diferencia, de una singularidad, de una aparente distancia que confirma que el grupo no es una masa compacta homogénea, donde se han fundido para quedar integrados en un solo modelo, ¿pero acaso es posible que al tiempo que se está fuera del grupo también se participa en él?

“ya no vengo todos los miércoles, es aburrido, la verdad hay mejores cosas que hacer que perder el tiempo. He dejado de venir porque hago otras cosas, voy a clases de italiano, entreno futbol y quiero dedicar mi tiempo a prepararme. Hace un año me fui a Italia por 3 semanas, fui a un campamento para aprender italiano, la verdad estuvo padrísimo, conocí mucha gente y ahí me di cuenta que chavitos de 16 años hablaban 5 idiomas, esa experiencia me cambio la perspectiva, venir a la plaza ya no es tan divertido”.

Idea equívoca que ha hecho creer que para definir a un sujeto se requiere de meterlo en una categoría homogénea, simplificadora como expone Quinceno “... para definir el sujeto hay que hacer prevalecer lo común sobre lo diferente, el conjunto sobre las partes, la unión sobre la indiferencia, la comunidad sobre el individuo, lo general sobre lo propio” (Quinceno 2008:175) En este sentido, encontramos que esta lógica binaria, dual traga la diferencia, la simplifica, haciendo que lo singular quede invisibilizado. No obstante, valdría la pena seguir discutiendo sobre esta lógica a dos, pues en estos intercambios se puso a la vista que el grupo reconocía lo distinto, pero lo hacía para conservar su mismidad, marcaba su línea de pertenencia, se diferenciaba pero siguiendo un patrón de agrupación, de etiquetamientos donde lo que se valoraba era lo propio.

El ser colectivo

Prójimo, otro, masa, contrato, compromiso, reciprocidad, unión que se eleva por encima de cada uno, relación que al tiempo que enlaza no es directa, sino que pasa por una serie de modos, modalidades y variaciones que la matizan, la hacen única. Alteridad, diferencia que también es puesta en común de tiempo y espacio. Individualidad que a la vez es singularidad, pues como expone Quinceno, “cada parte no hace lo común, pero lo común tiene una naturaleza diferente en cada una de las partes”. Colectivo que es fragmento, relación con un cualquiera, que también es un cual sea como diría Agamben.

Cual sea, cualquiera que juega en el borde corriendo el riesgo de desaparecer, de fundirse en la masa, que se enfrenta ante una lengua extranjera, que desliza un lenguaje a través de movimientos y códigos corporales que no son familiares, que tumban y perturban. Lengua y lenguaje que son profanados y traicionados mientras se está en contacto con ellos, mientras se les emplea; Relación de extranjería que va mutando hacia la personalidad de un traductor que vivazmente explora, formula y reinventa aquello que resulta extraño y diferente, extendiendo y ampliando visiones, experiencias, concepciones, emociones, a la vez que las va profanando, transformando, alterando, traicionando.

Márgenes difusos que en un acto de desdoblamiento colocan en otro papel, en otra sensibilidad, en otra voz, en otra cadencia; salida de sí mismo que cambia las perspectivas, que incomoda por las huellas que deja de sí en sus textos, desestabiliza las palabras, las pone en juego, un poco como lo dice Barbery “no se muy bien como explicarlo, pero cuando te desplazas, de alguna manera ese movimiento hacia algo te desestructura: estás ahí y a la vez ya no estás porque ya estás yendo a otra parte, no sé si me explico. Para dejar de desestructurarse, habría que dejar de moverse por completo” (2008,37). Sucesión de encuentros que devienen en transmisión de

conocimiento a la vez que sucede el desprendimiento, la separación clara y franca, el desdoblamiento, la transferencia de lo que ocurre en la lengua original para hacer que ocurra en ambas lenguas.

Traficante de fronteras como diría Philip Stafford que balbucea en su propia lengua, que busca entre sus recursos los medios para estirar y reinventar los límites, que intenta correr las fronteras pero en ese pretender solo consigue que los márgenes sean más difusos, más borrosos, que las disciplinas se muevan en una constante exportación e importación de conceptos e ideas; situación de inmigrante que requiere de cierto desprendimiento para ubicar su capacidad de condicionarse y dejarse influenciar, enriquecer, revitalizar por lo otro, lo externo, lo incierto. Ejercicios de traducción que según Cornu “permiten restituir/ construir sentidos sobre lo enigmático” o como diría Larrosa “pueden hacer estallar la estabilidad de la propia lengua” (2007:46)

Esta condición de traficante, de traductor se hace presente cuando se está – junto con otros, como si se tratara de una presencia particular que siempre ha estado ahí, como diría Steiner (1993:130) “Lo que un acto de traducción ofrece a cambio es “algo nuevo que siempre ha estado ahí”.

El centro comercial estaba ahí, pero estas presencias, estas existencias comenzaron a dotarlo de otro sentido, de otro valor. En estos encuentros surgió la imagen del centro comercial convertido en el espacio de socialización de estas adolescencias, así como en otros tiempo había lugares “ideales” para el encuentro social, así ahora el centro comercial o mall se convertía en un territorio que tomaba un lugar privilegiado, quedaba por fuera de los espacios institucionalizados, impuestos y autorizados para ellos. Desde una mirada perteneciente a otra generación vino la comparación y entonces aquello que quedaba por fuera de los márgenes de lo conocido se convirtió en sospechoso, la sospecha no nacía de una diferencia generacional sino que venía de una mirada que solo se miraba a ella misma como verdadera.

Traductor que en el entre de la relación con otros se convierte en un falsificador y que una vez asumido en esa figura acrecienta la exploración, el análisis. Desafíos que perturban, dificultad que se manifiesta en el acto de acoplamiento, como por ejemplo cuando se intenta mantener el ritmo y la

sincronía en el caminar con alguien más; desconcierto que se origina cuando lo primero en sufrir una ruptura es la propia lengua, pues como señala Larrosa se produce un nuevo sentido en lo ya traducido.

Las adolescentes hablaban poco, no obstante en medio de esos diálogos discontinuos y fragmentados, pude darme cuenta que había una auto-afección producto de mi llegada, había cierta inquietud por proteger el territorio, la lengua, los códigos, se tenía que salvaguardar aquello que había sido construido como se pudo, para que la presencia, la mirada, la lengua extranjera no lo empobreciera, lo desluciera. Lo extranjero, lo que llegaba de afuera constituía una amenaza, había que evitar el desencanto de lo propio.

Contrabandista que en el “ser con otros” se aprovecha de las fronteras para justificar en ellas su existencia; falsificador que con facilidad aparente cruza los límites y se contrapone a las incómodas huellas personales impresas en los textos; desequilibrio ajustado, escrutinio constante que recurre a los propios medios en una expresión que luce más a deseo que a necesidad. Ejercicio de traducción que observa a mediana distancia su imposibilidad y reconoce dolorosamente que texto y traducción jamás serán lo mismo, que siempre serán dos textos distintos. La traducción dice Larrosa “es una operación con la multiplicidad, la creatividad, la relatividad, la contingencia del sentido” (Larrosa, 2007:52)

Falsificador que en el cruce de fronteras intenta develar el misterio de la existencia como si se tratara de algo que puede ser descubierto en un laboratorio de confección; misterio que aún cuando busca ser develado permanece sepultado en la obscuridad de las palabras, en esos primeros contactos que mantiene con ellas y en los cuales surge la aguda y confusa sensación de una ausencia aparente.

Contrabandista de palabras que al comparar y ajustar coloca como verdadera, legítima, valiosa a una de ellas; razón contundente que usa para protegerla, para no dejar que sea violentada, transgredida. Comparación y ajuste que como actividad imposible se encuentra con palabras que no pueden ser aclaradas, a la vez que no conviene hacerlo, pues de hacerlo se

tendría que aceptar la muerte, la desaparición de una ficción que nos ha mantenido en pie.

Para iniciar la conversación con los adolescentes de la plaza me valí de muchas ideas preconcebidas, pues al no tener un “informante clave” o un “contacto interno” tuve que recurrir a mis credenciales o identificaciones, las primeras ocasiones fue necesario llevar mi identificación de estudiante, en otras mi cedula de identidad fue más útil, sin embargo fue preciso indicar quién era y qué quería. La idea de preservar su seguridad e intimidad - las expresiones estuvieron referidas a que pudieran ser secuestrados - fue claramente expuesta, no obstante cada vez que esta escena se repetía aportaba reflexiones que interpelaban las formas y figuras que inventamos para solicitarle a un extranjero que se identifique, que demuestre que cumple con todos los requisitos para ser bienvenido. Sin embargo, aún cuando duela siempre seremos extranjeros y buscaremos ser fieles a nosotros mismos, siempre habrá espacios irreductibles que nos indicarán nuevas distancias, nuevos intersticios, nuevos caminos que explorar.

Resonancias propias del traductor venidas de su presencia; dificultad implícita cuando pretende una comparación entre lo familiar y aquello que se ubica por fuera de los márgenes de lo conocido al grado de convertirlo en sospechoso; sospecha que nace de una mirada que solo se mira a ella misma como verdadera, que impide la producción de nuevos significados, tal como exponen Larrosa y Skliar “¿Cómo producir sentido sin mentir, sin violentar, sin falsificar? Para eso tendríamos que problematizar constantemente lo que nuestra mirada tiene de vertical, de asimétrica, de colonizadora...” (Larrosa y Skliar, 135:2006)

¿Indiferencia hacia el mundo adultizado? la figura de autoridad se interrogaba radicalmente por representar a quienes autorizan, mandan, ordenan, organizan, determinan, permiten, legitiman; en ese lugar aquellas chicas no tenían ánimo de involucrarse con adultos, por eso quizá, mi presencia, mi interés por conversar con ellas resultaba incomodo. Ese espacio era convertido en su espacio de liberación de los adultos, ahí no había que obedecer o hacer algo pautado previamente por los mayores: su cuerpo exponía esa negación, un no determinante y seco.

Ser colectivo que invita a una escucha, “De lo que se trata, me parece, es de ponerse a la escucha de esas experiencias y de intentar pensarlas, pero

cuidando de no determinarlas en su verdad. Cuando digo que intento pensar esas experiencias no digo que el pensamiento pretenda recubrirlas y determinarlas desde el exterior sino algo más elemental y, a la vez más enigmático: pensar esas experiencias significa, que, en contacto con ellas, atendiendo a lo que tienen que decir, acogiéndolas en lo que tienen de impensable, el pensamiento se libere y se abra a su propia transformación.” (Larrosa, 2007:53) En este sentido, valdría la pena andar este camino de la escucha, del ser colectivo acompañándonos con la reflexión propuesta por Nancy “... la escucha [...] puede y debe aparecérsenos no como una figura del acceso al sí mismo, sino como la realidad de ese acceso, una realidad, por lo tanto, indisociablemente “mía” y “otra”, “singular” y “plural”, así como “material” y “espiritual” y “significante” y “asignificante”.”(2007:31)

Fin comunitario

Hablar de comunidad nos lleva a reflexionar sobre el fin comunitario, a pensar sobre el origen que legitima la existencia de un presente y de un porvenir. Presente que puede traducirse según Nancy como un “*venir* y un *pasar*, un *extenderse* y un *penetrar*... Es un presente como ola en una marea, y no como punto sobre una línea; es un tiempo que se abre, se ahonda y se ensancha o se ramifica, que envuelve y separa, que pone o se pone en bucle, que se estira o se contrae, etcétera.” (Ídem:31-32)

Fin comunitario que hace que aparezca la pregunta por la existencia de un proyecto unitario, ese que por siglos ha servido para unificar, para meter en un único molde la multiplicidad y la diversidad del mundo; Fin comunitario que es visto como un producto que no persigue obra, que no cuenta con una escritura definida, que carece de una meta.

“esta plaza es lo conocido, y a los chavos les gusta ir a la plaza, las plazas se han convertido en el lugar preferido de los chavos de Puebla y de otros estados, y creo que es así porque el centro comercial es un lugar intermedio, donde nos sentimos libres, nos desestresamos, encontramos, no sabría decirte si se necesita construir parques porque seguramente los hay pero los chavos no

van, nosotras venimos y hacemos esto porque esto es lo que hemos aprendido, es lo que conocemos, es lo que tenemos, es lo que hemos vivido, no podría decirte algo que quiero porque no lo conozco.

¿Por qué se busca lo común? ¿Qué hay en ese buscar? Para Blanchot este fin comunitario consiste en pensar la existencia, pensar el ser, pensar el pensamiento, pensar las formas, pensar el saber comunitario; y si es de esta forma, ¿los adolescentes de angelópolis se piensan, piensan su pensamiento?, se podría decir que hacen de esta convivencia un objeto para pensar y establecer una forma de pensar? ¿Y yo como no miembro de ese colectivo puedo pensarme a partir ellos, con ellos y entre ellos?

“Estuvo chido platicar contigo, nos hemos dado cuenta de cosas que no nos preguntábamos y que ahora estamos pensando, está bien que te intereses por nosotros y por lo que hacemos, que te hayas acercado a preguntarnos y conocernos. La verdad es que lo disfrutamos”

Cuestiones que en el andar fue necesario rehacer: ¿tiene sentido preguntar? ¿A quién le pregunto? ¿Hacia donde pregunto? ¿Soy yo la que pregunto? ¿Qué me traen estas preguntas? ¿Pregunto para mantener, elogiar y/o para develar, reconstruir, impedir, suspender, detener? ¿Para solicitar la presencia de otro diferente, distinto, diverso, inmenso, inalcanzable, reprimido, impedido? ¿Pregunto acaso con el sentido de conducir a un encuentro por venir, para un más allá, más allá de las representaciones, de los códigos, de las palabras, de los estereotipos, de los destinos asignados, de las categorías impuestas, de las edades, de los géneros, de las finalidades, de las disciplinas, de las interpretaciones, de las seguridades, de las certezas, de las evidencias, de las identidades, de los cuerpos, de los tiempos, del contexto, de las imposiciones, de las teorías, de los supuestos, de las investigaciones?; Preguntas que no dejan de preguntar, que no buscan colocar algo en su lugar sino darle énfasis quitando aquello que lo oprime e invisibiliza.

Casi siempre sentí que no contaba con su disposición, no obstante por más que busqué no encontré algo con lo cual pudiera identificar mi esquema. Ciertamente hubo incomodidad en la presencia, las autorizaciones del cuerpo fueron el lenguaje que intenté descifrar,

ese lenguaje me resultaba diferente, hablar con monosílabos no significaba lo mismo para mí que para ellas, quizá ellas debían desconfiar de mí y no fue fácil hacerlas cambiar de actitud, tampoco lo fue para mí modificar ciertas ideas, sobre todo porque el territorio donde sucedían nuestras conversaciones estaba plagado de significados, el centro comercial como expone Delgado es un sitio donde uno puede sentirse libre de ser quien es, sin necesidad de tener que mostrar credenciales, sin la obligación de justificar su existencia, o como puntualiza Bauman, es un espacio donde no hay que detenerse a platicar, intercambiar opiniones o pensar sobre cosas que no tengan valor comercial.

¿Y yo como no miembro de ese colectivo puedo pensarme a partir ellos, con ellos y entre ellos? Ganas de investigación a las que se suma la intención de transitar de una “obsesión” a una convivencia; dar el salto desde la búsqueda de información, la obtención de datos que faciliten caracterizar, comprender, racionalizar, describir, hacia el establecimiento de una interacción y una comunicación donde lo que se sabe, se puede, se hace es interpelado y expuesto en su origen y sus límites. Insistencia por interpretar sus actos, encontrar razones para explicar y detallar su manera de proceder que va generando una falta de intercambio, separación de la separación, una rajadura sobre el intersticio que impide nuevas relaciones; distancias que ya existen, que hacen ser lo que somos pero que a la vez suscitan relaciones donde el otro en su silencio alerta para no fagocitar, lanza chispazos que invitan a construir y habitar un mundo de riqueza y diversidad donde todo pasa por fuera de los controles, manejos y obsesiones.

Fin comunitario que según Quinceno produce sus propios mecanismos de ser para enfrentar el peligro de aquello que rebasa la representación. Peligro de disolución y de abismo que como diría Blanchot resulta inconfesable pues no se puede aceptar que la comunidad se encuentre en peligro de disolverse así como tampoco se hace fácil reconocer que no se puede hablar de ella más allá de las representaciones. “Queríamos que todo lo que tiene un valor fuera eterno. Mas todo lo que tiene un valor es fruto de un encuentro, dura lo que el encuentro, y cesa una vez se separa lo que se había reunido en el encuentro” (Weil, 2007:145)

Para pasar de meras suposiciones a afirmaciones se requería de un trabajo minucioso, de exposición permanente, de dejar el campo totalmente abierto, de observar como todo se entrecruzaba, se intervenía y tocaba, nada sucedía de manera aislada, cada una de las impresiones, conmociones y expresiones estaban en estrecha relación con lo otro que no se alcanzaba a revelar y nombrar.

Miércoles y viernes de tardes invernales en Angelópolis, inundadas de adolescentes que reunidos en la explanada del centro comercial aportan al ambiente un aire colorido casi de fiesta, rostros y cuerpos relajados, conversaciones y sonrisas que se contraponen al nerviosismo que producen los instantes previos a presenciar una pelea entre adolescentes. Sentada ahí junto a ellos pude confirmar el apunte expresado por Cornejo y Urteaga acerca de los adolescentes y sus prácticas en los centros comerciales: “esta generación parece concurrir al centro comercial a compartir el placer de los cruces de miradas, a sentir el goce de mostrarse a los demás y de saberse observado por los otros”² pero a esta afirmación también se le sumaron otros significados, estando ahí en medio de un centro comercial y con la compañía de estos chavos se inauguraron otras figuras, aparecieron otros colores que antes de esos encuentros no me había imaginado. Al cabo de un tiempo dieron a luz y se tendieron sobre un tapete lo irreparable, lo sin razón, lo limitado.

Para esto chavos encontrarse en el centro comercial y presenciar peleas entre otros adolescentes no era una acción incluida en la categoría inseguro, simplemente formaba parte de la convivencia en la plaza comercial; estas peleas según lo que me indicaron se originaban simplemente porque se tienen ganas, se dicen: “no pues le voy a echar bronca a tal chavo”, por ejemplo cuando hay peleas hay niños que le dicen a su amigos, “no pues tal niño me quiere golpear ¿ayúdame no? hazme el paro, y pues ellos ya se ayudan”. Al parecer las peleas no son tan fuertes por lo que no hay de que preocuparse, según ellos no llegan a lastimarse mucho porque generalmente se separan antes de que lleguen los policías del centro comercial e intervengan.

² Cornejo I, Los centros comerciales como territorios juveniles urbanos.

Y entonces nos encontramos ahí, en medio de peligros e inseguridades, entre dudas e incertidumbres, entre aquello que no puede ser nombrado, que se teme porque puede diluirse, que asusta porque nos deja indecibles, invisibles. Se trata según vemos, de una serie de posibles reclamos, de posiciones que innegociables se resisten a perder su originalidad, su singularidad. Principio que se conforma con las representaciones construidas, que ante una percepción de derrota abre puertas ficticias buscando ganar tiempo, engañar, librar el momento de su inminente disolución. Que se propaga, resiste y se ilusiona aunque más tarde lo que suceda sea la destrucción.

Antes de esos encuentros en el pensamiento había una mezcla de colores, fusión cromática que difuminaba la riqueza ilimitada de esas existencias compartiendo en ese tiempo y ese lugar, su complejidad y profundidad se sintetizaba en imágenes ya conocidas eliminando el brillo de lo que son y reduciéndolo a un solo aspecto, a una identidad determinada y asignada a partir de las características impuestas por una sociedad que gusta de la simplificación.

Al cambiar el color, las ideas sobre ellos y sobre nuestra relación también cambió, al comienzo todos parecían tan iguales en sus modos de hablar, sus modos de vestir, sus modos de relacionarse, sin embargo esas expresiones eran solo reflejo de una mirada ciega; al inicio la superficie era lo que hablaba de ellos, era a través de ella que se decodificaban sus apariencias, y resultaba verdaderamente atractivo y emocionante ver como las hipótesis se confirmaban, como cada una de las suposiciones se comprobaban, verlos encapsulados en categorías que posteriormente serían interpretadas producía una gran emoción, tener la razón o comprobar certezas era un placer único; no obstante “No hay luz que nos permita dilucidar el universo, más que la que proviene del pensamiento humano... en cada caso y toda situación es la palabra lo único que puede abandonarnos en el Otro para encontrar el Uno mismo”.

Relación donde se produjo una apertura, una ruptura, acogida por esos otros, habilitada en mi ser diferente y recibida para conversar, para asumir otro lugar y otra relación. Se me permitió entrar a ese mundo y compartir a partir de un funcionamiento que era de esa forma y no de otra porque nos implicaba a todos, convertidos todos en cautivos de ese tiempo y ese espacio. Fui recibida por otros que sin necesidad de ostentar el título de investigadores me hospedaron, me facilitaron la oportunidad de “ser-con”.

Esperanza por salir de este camino sin retorno, intentos por encontrar recursos que permitan salvar lo expuesto, inventos que como un conjuro se usan para librar la aniquilación, para sustraerse, sin embargo, para renombrar para dejar huella y renacer se necesita salir de lo reconfortante, conocido y estructurado. Búsqueda intensa por no borrar, no olvidar, no eliminar lo que nos abraza, y se ha logrado a partir del intercambio en ese ambiente que cobija. Pensamientos que pretenden atravesar las murallas, que se van espesando y transformando en incontables figuras, recuerdos y huellas de aquello que nos hizo resistir para no olvidar, no sucumbir. Solo desnudando miserias y fortunas, cuestionando el lugar, el signo y el tono en que vinieron a decir su diferencia es que podremos decir lo no dicho, exponer lo no expuesto. Será cuando una escena común venga en nosotros con su virtud de comunicar algo de su propia satisfacción y llegue a conmovernos, a explotar y dar nacimiento a otras emociones, otros pensamientos e ideas de toda clase.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2003) *Infancia e historia*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Arendt, H. (1995) *De la historia a la acción*. Barcelona, Paidós.
- Barbery, M. (2008) *La elegancia del erizo*. México, Seix Barral.
- Barthes, R. (2007) *El placer del texto*. México, Siglo XXI Editores.
- Barthes, R. (2007) *El imperio de los signos*. Barcelona, Seix Barral.
- Bauman, Z. (2000) *Trabajo consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, Gedisa.
- Bauman, Z. (2003) *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*. México, Siglo XXI.
- Bernstein, B. (1996) *Pedagogía, control simbólico e identidad. Teoría, investigación y crítica*. Madrid, Morata.
- Bernstein, B. (1993) *La estructura del discurso pedagógico. Clases códigos y control. Volumen IV*. Madrid, Morata.
- Blanchot, M. (2002) *La comunidad inconfesable*. Madrid, Arena.
- Bustelo, E. (2007) *El recreo de la infancia. Argumentos para otro comienzo*. Argentina, Siglo XXI.
- Cornejo, I., Urteaga, M. (1995) "La privatización afectiva de los espacios comerciales por las y los jóvenes" en *Revista Ciudades No. 27*, pp. 24-28, México.
- Cornejo, I. (2006) "El centro comercial: un espacio simbólico urbano más allá del lugar común" http://www.unirevista.unisinos.br/_pdf/UNIrev_Portugal.PDF. Consultado el 8 de enero de 2007.
- Cornu, L. (2002) "Responsabilidad, experiencia, confianza". En FRIGERIO, G. (comp.) *Educación: rasgos filosóficos para una identidad*. Buenos Aires, Santillana.
- De Certeau, M. (2007) *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México, UIA.
- De Constanzo, S., Wacker-Vignac, L. (2003) *Galaxias Interculturales. Mundos para armar*. Buenos Aires, Santillana.
- Derrida, J. (1995) *Dar (el) tiempo. I. La moneda falsa*. Barcelona, Paidós.

- Derrida, J., Dufourmantelle, A. (2000) *La hospitalidad*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Derrida, J. Sussana, G., Nouss, A. (2006) *Decir el acontecimiento ¿es posible?* Madrid, Arena.
- Derrida, J, Roudinesco, E. (2003) *Y mañana qué...* Buenos Aires, FCE.
- Duluc, S. (2008) *Letras de almidón. Pedagogía de vecindades*. Buenos Aires, Del Estante Editorial.
- Duras, M. (1994) *Escribir*. México, Tusquets Editores.
- Esposito, R. (2003) *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Argentina, Amorrortu Editores.
- Esquivel, L. (2008) *Como agua para chocolate: Novela de entregas mensuales con recetas, amores, remedios*. México, Booket.
- Frigerio, G., Diker, G. (comps.) (2003) *Infancias y adolescencias. Teorías y experiencias en el borde. La educación discute la noción de destino*. Buenos Aires, Novedades Educativas.
- Frigerio, G., Diker, G. (comps.) (2004) *Una ética en el trabajo con niños y jóvenes. La habilitación de la oportunidad*. Buenos Aires, Novedades Educativas.
- García, J. (2006) “Tiempo, don y relación educativa”, en FRIGERIO, G. SKLIAR, C. (comps.) *Huellas de Derrida. Ensayos pedagógicos no solicitados*. Buenos Aires, Del Estante Editorial.
- González, H. (1998) “Experiencia y acontecimiento. Cinco aforismos”, en *Cultura, experiencia y acontecimiento. Cuadernos ARCIS-Lom Nro. 6*. pp. 99-102, Santiago.
- Juarroz, R. (2005) *Poesía Vertical II*. Buenos Aires, Emecé Editores.
- Larrosa, J. (2007) *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México, FCE.
- Larrosa, J. Skliar, C. (coords.) (2006) *Entre pedagogía y literatura*. Argentina, Miño y Dávila Editores.
- Levinas, E. (2000) *La huella del otro*. México, Taurus.
- Lispector, C. (2007) *Para no olvidar. Crónicas y otros textos*. España, Siruela.
- Machado, J. (2007) *Chollos, chapuzas, changas. Jóvenes, trabajo precario y futuro*. Barcelona, Anthropos, México, UAM Azcapotzalco.

- Maffesoli, M. (2004) El tiempo de las tribus. México, Siglo XXI.
- Mallart, L. (2007) Soy hijo de los evuzok. La vida de un antropólogo en Camerún. Barcelona, Ariel.
- Melich, J.C. (2002) Filosofía de la finitud. Barcelona, Heder.
- Marinas, J.M. (2001) La fábula del bazar. Orígenes de la cultura del consumo. Madrid, A. Machado.
- Messina, G. (2006) “Construyendo saber pedagógico desde la experiencia”: http://www.alforja.or.cr/sistem/documentos/construyendo_saber_pedagogico.pdf , Consultado el 8 de agosto de 2006
- Miller, J. (1995) La pasión de Michael Foucault. Chile, Andrés Bello.
- Montaigne. (2007) De la experiencia y otros ensayos. Barcelona, Ediciones Folio.
- Nancy, J.L. (2003) La comunidad enfrentada. España, Ediciones la Cebra.
- Nancy, J.L. (2007) Ser singular plural. Madrid, Arena.
- Nancy, J.L. (2007) A la escucha. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- O’Flynn, C. (2009) Lo que perdimos. Barcelona, Seix Barral.
- Page. M. (2002) Como me convertí en un estúpido. Barcelona, Tusquets Editores.
- Pardo, J.L. (2004) La intimidad. España, Pre-textos.
- Petrovic, G. (2008) Diferencias. México, Sexto Piso.
- Portocarrero, G. “Las complejidades del mirar” <http://gonzaloportocarrero.blogspot.com/2006/10/09/las-complejidades-del-mirar/> , Consultado el 14 de febrero de 2008
- Quiceno, H. (2008) “La comunidad educativa y el lugar de lo común” en FRIGERIO, G., DIKER, G. (comps.) Educar: Posiciones acerca de lo común. Buenos Aires, Del Estante Editorial
- Sennett, R. (2005) La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Barcelona, Anagrama.
- Skliar, C., Frigerio, G. (Comps.) (2006) Huellas de Derrida. Ensayos pedagógicos no solicitados. Buenos Aires, Del estante editorial.
- Skliar, C. (2005) ¿Y si el otro no estuviera ahí? Notas para una pedagogía (improbable) de la diferencia. Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- Sloterdijk, P. (2003) Esferas.T.I Burbujas. España, Siruela.

- Téllez, M. (2001) “La paradójica comunidad por-venir”, en LARROSA, J., SKLIAR, C. (comps.) Habitantes de Babel. Políticas y poéticas de la diferencia. Barcelona, Laertes.
- Touraine, A. (2000) ¿Podremos vivir juntos? México, FCE.
- Urteaga, M. (2004) “El cuerpo juvenil como territorio cultural” http://revistacomunicologia.org/index.php?option=com_content&task=view&id=69&Itemid=101 , Consultado el 25 de noviembre de 2006.
- Vásquez, A. (2004) “El palacio de Cristal. Peter Sloterdijk” <http://labola.wordpress.com/2007/12/29/peter-sloterdijk-el-palacio-de-cristal-introduccion-dr-adolfo-vasquez-rocca/>, Consultado el 21 de septiembre de 2008.
- Weil, S. (2007) La gravedad y la gracia. Madrid, Trotta.
- Woolf, V. (2009) Un cuarto propio. México, Colofón.
- Zambrano, M. (2005) Hacia un saber sobre el alma. Buenos Aires, Losada.
- Zourabichvili, F. (2004) Deleuze. Una filosofía del acontecimiento. Buenos Aires, Amorrortu Editores.